

Buceando en nuestro aljibe
I



Enrique Conde

Buceando en nuestro aljibe

Reflexiones de Enrique y Ana Doris Conde sobre Renacer

*Con el recuerdo más dulce que pueda existir para nuestra querida Ana
Zaida.*

Enrique, Ana Doris y Ulises

De Renacer Congreso – Montevideo, Uruguay

“Por la esencia de Renacer”

Tabla de contenido

Prólogo

Renacer es esperanza

Renacer es un camino

¿Renacer es una utopía?

Renacer es una plataforma de despegue

Renacer es un mensaje de nuestros hijos

Renacer es una puerta abierta a la dimensión espiritual

Carta a quienes han perdido hijos

Renacer es descubrir nuevos caminos

¿Cómo quisieran vernos nuestros hijos?

Un homenaje con la propia vida

¿Qué es? ¿Qué buscan? ¿Qué encuentran en Renacer?

La fuerza indómita del espíritu

¿Es posible convertir en triunfo una tragedia?

¿Cuál es el desafío para quienes hemos perdido un hijo?

No todo termina cuando se va un hijo

De una “dulce espera” a una “dulce nostalgia”

¿Somos prisioneros del destino?

En busca de la razón de ser en el mundo

Amor incondicional

En busca de una nueva actitud

Renacer es una puerta que se abre.

¿Se puede acceder a la espiritualidad?

Prólogo

Nos conocimos con Enrique, Ana y Ulises, en Montevideo, Uruguay, junto a muchos otros padres, con motivo de una charla que dábamos en esa ciudad en los años 90. Pero es de destacar la primera vez que los tres, en el año 1998, se llegaron a Río Cuarto, para asistir, junto a otros padres de diferentes grupos de su país, a las Terceras y últimas Jornadas de Capacitación que se hicieron en esa ciudad.

Recordamos que en Río Cuarto tuvieron contratiempos pues el hotel no era lo que publicitaba, algo común en nuestro país, lo que les dificultaba movilizarse con Ulises y además los automovilistas no cedían el paso a los peatones como lo hacen en Uruguay y eso creaba aún más dificultades; en suma no creemos que haya sido para ellos el mejor de los encuentros en lo que hace al moverse por la ciudad.

El primer indicio del rigor intelectual de Enrique fue al protestar, por así decir, con respecto a una definición del sufrimiento durante una charla nuestra en un aula de la Universidad Nacional de Río Cuarto. Su reclamo no era injustificado y demostraba una vez más la necesidad de un lenguaje común para los grupos.

A partir de esa vez nuestros encuentros se sucedieron en casi todas las jornadas y encuentros nacionales e internacionales hasta Huerta Grande en 2008. Esa fue la última vez que asistieron ya que por razones personales no pudieron continuar haciéndolo, y su ausencia se sintió verdaderamente.

Enrique es un hombre de voz poderosa y convicciones fuertes, asentadas sobre una personalidad amable y bondadosa, y con una clara comprensión de que el mensaje de Renacer abarcaba más que una respuesta al sufrimiento por la muerte de un hijo, que era un mensaje destinado a enriquecer la conducta de los seres humanos y tender hacia una interrelación más solidaria y compasiva entre los hombres y mujeres del mundo.

Alimentado por esa profunda comprensión del mensaje destinó, acompañado por Ana, su compañera de toda la vida y en soledad cuando ella partió antes a encontrarse con Enriquito, a difundir el mensaje de Renacer. Transcribió las grabaciones de los encuentros y jornadas en un verdadero trabajo de hormiga y las difundió generosamente

a los grupos, a través del Blog de Renacer y una larga lista de cientos de contactos de diversos lugares del mundo y gracias a ese trabajo muchos padres se acercaron a los grupos expandiéndose así el mensaje de Renacer. También luchó, con honestidad intelectual y desapego personal contra desviaciones en el mensaje que señalaban una dirección hacia el psicologismo y el religionismo.

Nos vimos por última vez en febrero de 2015. Lo visitamos en Montevideo, en su pequeñísimo departamento que comparte con Ulises. Allí nos mostró su escritorio y la computadora con la que escribe sus impresiones sobre la tarea a la que se abocó por entero durante tantos años, nos mostró también, con brillo de afecto en sus ojos la colección de gorras de Ulises, con quien comparte todos los días de su vida. Esa noche cenamos, en algún lugar de Montevideo con él, Ulises y Anita, pasamos una hermosa velada, aun presintiendo en nuestros corazones que podría ser la última y que quizás nos reencontráramos de otra manera y todos juntos, como fue en algún lejano tiempo.

No es necesario explayarnos más en lo que Enrique y Ana y ahora Anita hacen por Renacer, si es necesario agradecer toda esa gran tarea y hacerlo ahora mientras continúa con ella a través de los años, para que en el momento de partir sepa que lo acompañan no solo sus familiares queridos sino también todos los padres que hemos disfrutado y aprendido de sus mensajes.

Alicia Schneider, Gustavo Berti

Renacer es esperanza

Cuando nos enfrentamos a la partida de un hijo, que es la más grande conmoción existencial a la que se puede enfrentar un ser humano, perdemos la noción de todo lo que nos rodea.

Es una conmoción tal como si hubiera caído una bomba a nuestro alrededor, como si un volcán hubiera explotado en nuestro interior; no sabemos dónde estamos y nos asaltan los ¿por qué?

Porqué a mi hijo o mi hija, porque no a mí, porque no hicimos esto o aquello y una nube de confusión nos envuelve y no vemos la puerta para salir de esa situación, es como si la vida ya no tuviera sentido para nosotros.

Siempre pensábamos que si perdíamos un hijo, nosotros nos moríamos detrás de él, sin embargo, estamos vivos y las preguntas no encuentran respuestas y cuando venimos a Renacer nos dicen que nunca nadie ha tenido respuestas a las preguntas que surgen, porque no somos nosotros los que tenemos que hacerle preguntas a la vida o a Dios, sino que es la vida la que nos hace una pregunta, tú padre o madre que has perdido un hijo ¿cómo vas a vivir de ahora en adelante?

Generalmente cuando se pierde un hijo en la cultura en que vivimos se piensa que tenemos más derechos, sin embargo la realidad es que tenemos más responsabilidades, en primer término, tenemos la responsabilidad de qué hacer de nuestra propia vida desde ahora hasta el día que inexorablemente nos toque partir.

El Mensaje de Renacer nos muestra que en ese instante crucial, tenemos que optar entre decirle sí a la vida o dejarnos llevar por las emociones y cerrar puertas y ventanas, tirarse en la cama, no querer trabajar, renunciar a arreglarse, como si estuviéramos muertos en vida.

Si nos morimos en vida, detrás de la partida de nuestros hijos, estamos haciendo de ellos nuestros verdugos, en tanto el Mensaje de Renacer nos muestra que es posible asumir un cambio de actitud, asumir una actitud positiva y hacer de nuestros hijos, no ya nuestros verdugos, sino nuestros maestros.

Siguiendo a Víctor Frankl que recluido en un campo de concentración perdió a su esposa, a un hijo en gestación, a su madre, a su padre y a un hermano y sufrió las vejaciones propias del régimen, en base a su fe y esperanza de vivir. salvó su vida y luego escribió diciendo que frente a lo que nos sucede en la vida, que no podemos cambiar, hay algo que sí podemos cambiar que es nuestra actitud frente a la vida.

Nosotros no podemos cambiar lo que nos ha sucedido, pero podemos cambiar nuestra actitud y en vez de sentirnos morir y andar por este mundo con la cabeza gacha como juntando moneditas del suelo, andar con la frente en alto en homenaje a ese hijo y asumir una actitud positiva producto de nuestro amor hacia ellos.

¿Qué es lo que une a una madre o a un padre a su hijo o su hija, sino el amor?

El Mensaje de Renacer, nos dice: ¿acaso necesitamos de su presencia física para seguir amándolos?

Al nacer nuestros hijos nos enseñaron una manera distinta de amar; nosotros conocíamos lo que era el amor a la madre, al padre, a los abuelos, a los tíos, a los hermanos, luego al compañero o la compañera, pero cuando ellos llegaron a nuestro hogar nos enseñaron a amar de una manera distinta y ahora, al partir, nos han enseñado otra manera de amar, un amor incondicional, más sublime que ni siquiera necesita de su presencia física.

Entonces, por ese amor, podemos cambiar de actitud frente a la vida, en homenaje a ese hijo que partió y podemos hacernos la pregunta ¿cómo habría querido vernos? ¿llenos de angustia? ¿llenos de odio? ¿o llenos de amor?

Cada uno en su intimidad puede responderse esta pregunta.

A veces, cuando los recordamos, pensamos en ellos como que están allí donde tuvieron el accidente, o en la cama del sanatorio u hospital, o en el momento que decidieron por su cuenta partir o fueron agredidos... pero ellos no están ahí.

Ellos están en otro lugar, al que por nuestras limitaciones físicas no podemos acceder, pero cualquiera sea nuestra creencia de a dónde vamos a ir después de nuestra propia muerte... allí están ellos esperando nuestra llegada.

La responsabilidad que surge desde ese momento hasta el instante de nuestra muerte, es la de vivir dignamente.

Vivir dignamente en su homenaje, pero también vivir dignamente por nosotros mismos que lo merecemos y vivir dignamente por quienes nos rodean.

Por los hermanos, quienes han perdido a un ser tan querido, su compañero de juegos y picardías, muchas veces su compañero de pieza, su mascota o su modelo, según la edad.

Ellos están sufriendo calladamente y ven que sus padres, sumidos en su propio dolor, se han olvidado que ellos existen, entonces, suman a su dolor, el dolor de perder a su mamá y a su papá que ya no son los mismos.

¿Somos las mismas personas antes, que después de la partida de un hijo? No, no somos las mismas personas.

Si no somos las mismas personas, sólo quedan dos opciones o somos mejores personas o somos peores personas, ¿qué eligen ustedes?

Es esa la gran opción que se nos presenta en la vida frente a lo que nos sucedió.

Seguramente que por el camino de las emociones, encerrándonos en nosotros mismos y renunciando a vivir, no vamos a ser mejores personas, quizá lleguemos a ser un estropajo, lleno de angustia, de llanto, de bronca, de odio, de resentimiento que es el camino al que nos llevan las emociones.

Pero según nos dice Víctor Frankl, el ser humano es el único ser del universo que es capaz de oponerse a aquello que lo condiciona, de oponerse a sus propias emociones y agrega: nos podrán quitar todo menos la última de nuestras libertades, que es la libertad de asumir una actitud frente a lo que nos pasa en la vida.

¡Sí, la partida de un hijo nos ha condicionado! Pero tenemos la libertad que nadie nos puede quitar, de asumir una actitud positiva en homenaje a ese hijo.

Elisabeth Kübler Ross, que es una científica suizo-norteamericana, que se dedicaba en su profesión de médico a atender enfermos terminales, nos dice que aunque parezca extraño, la pérdida de un hijo puede producir en los padres un despertar espiritual.

Ese es el “despertar espiritual” al que se refiere el Mensaje de Renacer, cuando nos enfrenta a la opción de ser mejores personas, no mejores personas que los demás que sería una actitud de vanidad, sino mejores que nosotros mismos, mejores hoy que ayer, mejores mañana que hoy.

Entonces aparece la figura de nuestros hijos como maestros.

Su partida nos enseña a no temerle a la muerte, nos enseña a dimensionar el poco valor que tienen las cosas materiales, nos enseña a ser más tolerantes con las cosas que nos pasan a diario, nos enseña a comprender el dolor de los demás, en fin, nos enseña a ver la vida y la muerte de una manera muy distinta a como la ve la cultura en la cual estamos inmersos.

En Renacer, si bien podemos homenajear a nuestros hijos llevándoles flores al cementerio, u ofreciéndole misas, prendiendo velas o exhibiendo su foto, hemos aprendido una forma más profunda de homenajearlo, que es con nuestra propia vida.

Es seguro que cada uno, en su momento, hemos ofrecido nuestra propia vida a cambio de la suya y no nos fue concedido, pero hoy podemos vivirla en su homenaje

Diariamente, ya sea en nuestro hogar, en la calle, en la oficina o donde sea que estemos, se nos presentan situaciones que nos pueden fastidiar, nos pueden molestar, que habitualmente contestábamos con ira, fastidio o violencia, pues bien, frente a esas situaciones, que son hechos que no podemos cambiar, ahora podemos, en homenaje a nuestros hijos cambiar también de actitud. Por ejemplo, en la calle en vez de acordarnos de la familia del otro conductor, en vez de fastidiarnos cuando en la cocina nos pasa algo, en homenaje a nuestros hijos podemos cambiar de actitud y en poco tiempo nos daremos cuenta que ya no contestamos, que ya no nos violentamos, que ya no nos fastidiamos y eso constituye en gran medida ser mejores personas, gracias al homenaje que le estamos haciendo, calladamente a nuestro hijo.

Se dirá que es difícil, sí, es difícilísimo, pero ¿acaso no es más difícil vivir amargados, desilusionados, llenos de pena y angustia? Entre dos cosas difíciles podemos elegir aquella que sea mejor, todo depende de cada uno y de nadie más.

La semilla es buena, dependerá de cada uno que caiga en terreno fértil y que la cuide hasta que se robustezca, nosotros sólo transmitimos el mensaje y les podemos asegurar que es posible.

Todos hemos llegado de la misma manera.

Renacer es la esperanza que llegará un momento, en que la paz interna que perdimos el día de la partida de nuestros hijos, llenándonos de oscuridad, volverá a nosotros como demostración cabal del triunfo del amor sobre el dolor.

29 de agosto de 2014

Renacer es un camino

Quienes hemos perdido hijos, hemos experimentado el efecto de una crisis existencial en la que el mundo que nos rodea desaparece y, encerrados en el propio dolor, no sabemos como salir de allí.

Es probable que para algunos, sintiéndose condicionados por lo que el destino les ha deparado, vivan esta crisis tan solo como un signo de su fracaso.

Sin embargo, ha habido quienes, por no querer seguir viviendo como lo estaban haciendo, han buscado un significado a esta tragedia, luego de la partida del hijo o hija.

Renacer, precisamente, surge desde el alma de quienes han buscado el sentido a lo sucedido, encausando sus vidas de una manera distinta a como la estaban viviendo hasta ese momento.

Quizá la primera actitud positiva, fue la de querer salir del egocentrismo que rompe los puentes de la comunicación con los demás, al unirse a sus iguales reconstruyendo, entonces, esos puentes, camino hacia la superación.

Surge así Renacer como un camino en el que, paulatinamente, se van encendiendo luces que iluminan el andar por la vida en forma distinta a lo vivido hasta ahora, pues no somos las mismas personas luego de la pérdida de un hijo.

Aceptar que no somos las mismas personas implica solo dos posibilidades: podremos ser mejores personas o peores personas, otra alternativa no hay y la opción debe ser exclusivamente nuestra.

Para ser peor persona no hay que hacer nada, ni siquiera levantarse de la cama o no querer seguir trabajando ni hablar con los demás, andando por la calle como quien busca monedas en el suelo.

Renacer toma a cada padre desde el lugar en que él se encuentra, incorporando a cada miembro sin evaluaciones de principiantes y sin coordinadores que autoricen el pasaje de grado; existe allí una igualdad no imaginada en ningún Grupo de Autoayuda o Grupo de Apoyo.

En Renacer no hay normas, plazos ni evaluaciones.

Quienes llegan a Renacer, porque no quieren seguir viviendo como estaban viviendo, en el primer contacto, al observar la actitud de sus pares, al verlos como el espejo de a donde podrían llegar ellos mismos, surge el ¿Por qué no yo?, pues si otros han podido avanzar en un camino de superación ¿Por qué no he de poder hacerlo yo también?

Luego, paulatinamente, se van encendiendo luces que iluminan nuestro camino, unas que iluminan nuestra mente, al principio turbada, y otras que iluminan directamente el corazón, ahora abierto al amor incondicional.

Escuchamos repetidamente el mismo concepto, lo cual facilita incorporar su significado a nuestra vida, pues cada vez nosotros no somos los mismos, como magistralmente, lo expresó hace ya más de 2,000 años Heráclito cuando dijo “Nunca nos podemos bañar dos veces en el mismo río.”

Simultáneamente o en forma alternada nuestra mente y nuestro corazón van incorporando los nuevos conceptos que iluminarán, en lo sucesivo, nuestro camino en la vida.

Nuestra mente se resiste cuando escucha decir que la partida de nuestros hijos es un hecho del pasado, cuando en la mente y en el corazón están en una permanente presencia, hasta que nos despiertan las palabras de Elisabeth Kùbler Ross: "Todas nuestras investigaciones sobre la vida después de la muerte han revelado, más allá de toda duda, que aquellos que realizan la transición están aún más vivos, amorosamente rodeados de un amor incondicional y una belleza más allá de lo que nosotros podemos imaginar. Ellos no están realmente muertos, solamente nos han precedido en el viaje de la evolución en el que todos nos hallamos embarcados; ellos están con los seres queridos que los han precedido en la muerte, con sus ángeles guardianes, en el reino del amor y la compasión total.”

En otro momento dijo “Por más absurdo que pueda parecer, el hecho de perder un hijo podía provocar en los padres un verdadero despertar espiritual.”

Entonces, el camino se ilumina, aún más al percibir el ámbito espiritual de nuestra naturaleza humana, por el cual Víctor Frankl luchó toda su vida, y percibimos a nuestros hijos en nuestro futuro, pues cualquiera sea la intuición que tengamos de a donde vamos a ir después de nuestra propia muerte, allí están nuestros hijos esperándonos. Ellos no están en el pasado.

Se nos presentará la difícil opción de darles permiso y dejarlos libres para que sean felices en el ámbito en que se encuentran, que tiene, para nosotros, la recompensa de sentir paz interna, aquella que perdimos el día de su partida.

Luego, seguirán encendiéndose nuevas luces como las que despierta la presencia de otro padre que con su dolor demanda y promueve nuestra ayuda, una tarea que implica dar al otro, el doble de lo que se espera de él.

Cada uno va descubriendo luces que se van encendiendo en su corazón... ya sea sentir que el amor incondicional no necesita de la presencia física de nuestros hijos para seguir amándolos... ya sea que se comprenda la inutilidad de los ¿por qué? tan repetidos sin eco que responda... ya sea que los ¿si yo hubiera o no hubiera? solo sirven para prolongar insomnios... ya sea que no transformemos a nuestros hijos en nuestros verdugos... ya que aceptemos la realidad... no mirar hacia atrás... no olvidarse de los hermanos que quedan... preservar la familia... transformarnos en los artífices de nuestra propia vida... darnos una segunda oportunidad... una transformación interior... no fomentar la catarsis... la libertad de elegir... una revolución cultural... y más.

Llegará también el día, en que mirando a nuestro alrededor a los hermanos, familiares, amigos y a la comunidad, asumamos la responsabilidad de derramar nuestra luz, como el faro que a la vez de iluminar, no puede alejar de sí la luz, como reza el pensamiento oriental “Quien enciende una antorcha para iluminar el camino de otro, está iluminando su propio camino”, reflejado en el pensamiento de Víctor Frankl “El hombre que se levanta por encima de su dolor para ayudar a un hermano que sufre, trasciende como ser humano”.

Viernes 26 de septiembre de 2014

¿Renacer es una utopía?

El 15 de octubre en el “Blog Grupo Renacer”, reportado por Luis Mario Corazanitte, se publicó la experiencia vivida por Marta Inés Morales de Liberti, que es el relato de lo que exactamente le sucede a quien se acerca a Renacer y paulatinamente va descubriendo que es posible transformar el tremendo dolor que sufrimos al perder un hijo, en un homenaje de amor que, a nuestro juicio, puede ser muy clarificador para evitar, que quienes llegan por primera vez a Renacer, se transformen en “golondrinas de paso” por pasar sin captar lo que es Renacer, como lo describió Julio Poggio de Renacer Paysandú – Uruguay

Vaya nuestra gratitud a Marta Inés.

Sería plausible que algún grupo decida entregar una copia de la nota de Marta Inés a todos los padres que concurren por primera vez.

Aporte de Marta Inés Morales de Liberti de Renacer Tucumán Argentina:

Mi experiencia en renacer con motivo de cumplir 1 año de concurrencia a este grupo de ayuda mutua

La Utopía está en el horizonte.

Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos.

Camino diez pasos y el horizonte se desplaza diez pasos más allá.

¿Entonces, para qué sirve la utopía?

Para eso: sirve para caminar

Eduardo Galeano de su amigo Fernando Birri

Se dice que la utopía es pensar en lo imposible para poder hacer lo posible.

Una utopía se sabe inalcanzable. Pero sirve para caminar, para hacer proyectos, para esforzarse, para luchar, para formular objetivos...

Asisto a RENACER grupo de ayuda mutua-, desde del 27 de setiembre de 2010, una semana después de la partida de mi hija Julieta, y deseo exponer mis reflexiones acerca de este grupo.

Durante el transcurso de este tiempo he podido ver que, si no entendemos que estamos recibiendo ayuda o no nos abrimos para recibirla, no podremos ser ayudados. La soga nos es lanzada y tenemos que tomarla para salir. A RENACER los padres junto con el dolor, la tristeza y la incertidumbre, traen anécdotas, experiencias, historias, ejemplos, relacionados con el hijo que partió y puedo asegurar que muchos de nosotros tomamos esas expresiones, esos relatos, para ayudarnos a seguir adelante.

En RENACER, interactuamos con padres que han pasado por idéntica situación. Todos sabemos de qué hablo. Al interactuar, percibimos que no somos los únicos que sufrimos la muerte de nuestros hijos y lo más importante: QUE NO ESTAMOS SOLOS, que ese otro que habla, que llora, que ríe o está callado será, a partir de nuestra llegada al grupo, nuestro compañero de ruta que ayudará y será ayudado, que nos mostrará cómo ir superando barreras que imaginábamos imposible de sortear, que colaborará en la recuperación de nuestra autoestima, y lo que es más importante creo yo- que nos acompañará en el camino de la superación del dolor. Todo esto quizá no vemos en las primeras reuniones a las que asistimos.

En mi caso personal los comienzos fueron muy, muy difíciles, durísimos, pero seguí viniendo, y seguí y seguí aun cuando nada me entraba, nada entendía y todo lo que se decía lo olvidaba instantes después. Es que sobrevivir a la muerte de un hijo es algo para lo que no estamos preparados; la pérdida está tan fuera del guion original que acarrea un auténtico sismo emocional en nosotros, los padres. Estuve así meses, hasta que mi necesidad, mi deseo, mi meta de estar lo mejor posible como muchos de los que vi y recuerdo -en aquellos días- que reían y hacían bromas, empezaron a destapar me el alma y de esa manera poquito a poco estoy empezando tomar las riendas de la vida y a acoger el sosiego que necesito para intentar volver a ser yo.

Aquí siempre que se habla de muerte, de dolor, se contraponen la palabra amor; lo que no es fácil en los comienzos- de entender. Yo sólo sentía el lacerante dolor y no podía relacionar ambos términos, además no pensaba, solo éramos mi dolor y yo, pero he aquí que voy entendiendo gracias a la paciencia y buena disposición de mis

compañeros- que nos duele porque amamos. El dolor está, pero en RENACER como por arte de birlibirloque- el dolor nos acerca y el amor de nuestros hijos nos une.

Para contrarrestar el terrible peso de nuestra pena, de nuestro dolor en cada acto, tarea, hecho, de nuestra vida, RENACER nos brinda la oportunidad de mejorar dándonos herramientas que de alguna manera impiden o al menos frenan la instalación de enfermedades físicas, psíquicas, emocionales para decirlo claro. Lo que no obsta, de ningún modo, la búsqueda de ayuda religiosa, o profesional como lo estoy haciendo yo, o de la compañía de familiares y de amigos, y, por qué no, de una laborterapia.

He visto que aquí no se revelan verdades ni se dan manuales de instrucción para superar la crisis: RENACER es un amigo de confianza que nos escucha con interés y delicadeza, es interlocutor de nuestro dolor, no nos da consejos, no nos juzga ni por lo que decimos ni por lo que sentimos, hace factible volvernos de nuevo hacia la vida y nos da la posibilidad de iniciar nuevas relaciones y, entre otras muchas cosas, aprender a comprender y aceptar la muerte como parte de la vida. Aunque en nuestra cultura esto es muy difícil pues en Occidente nos enseñan a “no pensar” en la muerte, por eso nos espanta tanto, porque no la aceptamos como parte de la vida.

RENACER significa la oportunidad de compartir con otros papás y mamás el amor incondicional que seguimos sintiendo por nuestros hijos y hacer, en su honor, algo bueno por nosotros y por alguien más. RENACER es la respuesta a una necesidad.

Cuando elegí asistir al grupo no sabía con qué me iba a encontrar. Pero sí intuía que sería un sitio del que saldría mejor de lo que estaba. Y mi intuición no falló, porque el objetivo del grupo que es brindar acompañamiento, comprensión y afecto a los padres y madres que no saben cómo seguir viviendo luego del hecho más devastador la pérdida de un hijo-, fue cumpliéndose hasta ahora, y aunque me falta bastante sentir que soy una mamá recuperada, puedo decir que aquí voy aprendiendo que el duro batallar de cada jornada es avanzar sin pausa hacia metas que conduzcan a una plena recuperación.

Retomando aquello que dije inicialmente La utopía es pensar en lo imposible para poder hacer lo posible digo que no es sinónimo de idealismo inalcanzable: RENACER es una búsqueda que no termina en lo que se encuentra, porque lo encontrado sirve para generar nuevos proyectos, aprendizajes, discernimientos, trascendencia humana.

Viernes 31 de octubre de 2014

Renacer es una plataforma de despegue

En el largo camino a que nos enfrentó la vida como padre o hermana del ser querido que dejó este mundo, encontramos hace 19 años el mensaje de Renacer.

Desde entonces aprendimos muchas cosas, que constituyen la esencia de Renacer, no sospechadas cuando transitábamos la oscura noche del dolor, que hoy nos impulsan a compartir lo recibido del Mensaje de Renacer, impregnados de gratitud hacia sus iniciadores y el recuerdo a nuestra dulce y querida Ana.

Al perder un hijo, se produce un ensimismamiento donde desaparece el mundo que nos rodea, experimentandola nada absoluta; hemos cambiado y ya no somos las mismas personas.

Es un cambio que sólo puede ser comprendido por nuestros pares en la tragedia, pues ¿Quién puede imaginar que alguien hasta ayer activo y lúcido pueda caer, en un instante en un estado que puede describirse tal como lo hace Elizabeth Kùbler Ross en “LA MUERTE Y LOS NIÑOS” cuando dice:

“Tras la muerte de un niño, (la muerte de un hijo decimos nosotros) el mundo parece detenerse, no sentimos ningún interés por lo que ocurre a nuestro alrededor. Mecánicamente sacamos a pasear el perro, ponemos el abrigo al crío y lo despedimos cuando se va al colegio; preparamos la cafetera totalmente absortos y contestamos aturridos al teléfono.

Lo que queremos es que el tiempo retroceda”

En Renacer podemos llegar a comprender, que los “por qué” no tienen sentido, preguntándonos, en su lugar, “parar qué”.

La pregunta ¿para qué? nos obliga a hacer un esfuerzo más intelectual que sensible para encontrar el sentido a esa expresión ¿para qué?

¿Acaso la idea de ese ¿para qué? era la de que había intervenido alguien determinante de nuestro destino? que es lo que se piensa cuando se dice “para qué me envió Dios esto”.

No, ese no es el sentido del ¿para qué? de Renacer, que, quizás, pudiera ser aceptado por quien profesa la fe en un ser superior de quien dependieran todas nuestras circunstancias, situación, que por cierto no abarca a todos los seres humanos, aunque ello, en última instancia, fuera así.

Entonces, ¿qué sentido tiene ese “¿para que?” de Renacer?

Cuando nos damos cuenta que no somos las mismas personas, que algo en nosotros ha cambiado y no quisiéramos seguir viviendo de la manera que lo estábamos haciendo, algo tenemos que hacer.

Siguiendo a Víctor Frankl, podemos entender el ¿para qué? como una invitación a asumir una nueva actitud frente a lo que nos ha pasado, pues, como él dice: ”Al hombre se le puede arrebatar todo en la vida, menos la última de las libertades individuales: la actitud con que enfrentará lo que le toca vivir.”

Así el “¿para qué?” cobra ahora el significado de que se puede asumir una nueva actitud.

Que no será dejarse arrastrar como una hoja en la tormenta, sino levantarse fuerte como un árbol que se dobla pero no se rompe.

Renacer es una plataforma; una plataforma de despegue espiritual, una plataforma donde apoyarnos para crecer y ser personas distintas, y poder asumir una actitud positiva, en base al poder de transformación del ser humano, sintetizado en las palabras de Elisabeth Kübler Ross cuando afirma que “los hijos vienen al mundo, por un breve momento con una misión específica: la de transformadores espirituales de sus padres”, expresión que define, en su esencia, el “para qué” del mensaje de Renacer.

El poder de transformación pese a ser inherente al ser humano, muchas veces yace dormido, sin embargo es la forma más segura de arrancarnos del círculo de dolor, de culpa, de bronca y tantas emociones negativas y dañinas de los primeros tiempos y aún de años vividos sin encontrar la paz.

En el encuentro por los veinticinco años de Renacer un padre contó que durante un año concurrió a Renacer solo para acompañar a su esposa y que cuando ya hacía un año de concurrir a Renacer sin hablar ni intervenir en nada, escuchó decir “hay algo peor

que perder un hijo y es perderlo y morirse con él, haciéndolo su verdugo” yesto lo hizo cambiar de actitud, porque no quería hacer de su hijo su verdugo.

Renacer ayuda a ver o intuir la luz del sentido, más allá de las lágrimas, asumiendo la responsabilidad por lo que nos toca vivir, tomando las riendas de nuestra vida.

Esa es la plataforma desde donde Renacer nos lanza a la ardua conquista de una paz interior que llega solamente al encontrarle sentido a esta conmoción existencial.

Viernes 28 de noviembre de 2014

Renacer es un mensaje de nuestros hijos

Mientras el dolor golpea a nuestra puerta... se encienden las luces de las fiestas y el mundo sigue andando...

En ese mundo están nuestros otros hijos, nuestros padres... abuelos que en silencio lloran a sus nietos, nuestros amigos, los amigos de nuestros hijos... también allí estamos nosotros mismos.

A veces, estamos cerrando puertas y ventanas... con el corazón herido, muerta toda esperanza.

Un corazón por cuya herida abierta entran miles de encontradas emociones, donde puede habitar la bronca, el rencor, el odio o los miedos...

Puentes que se rompen y nuestra vida deambula silenciosa en la oscura noche del alma...

Entonces, como en la naturaleza, donde nunca nadie ha podido impedir la llegada de la aurora, llega hasta nosotros un mensaje de esperanza el Mensaje de Renacer, que hoy nos impulsa a compartirlo, impregnados de gratitud hacia sus iniciadores y del recuerdo a nuestra dulce y querida Ana.

Un mensaje que nos muestra que detrás de lo que las circunstancias parecen ser, no se agota todo lo que ellas son.

Que el destino no es lo que nos pasa, el destino es lo que cada uno de nosotros hacemos con aquello que nos pasa.

Que no debemos hacer de nuestros hijos aquellos que vinieron a arruinar nuestras vidas.

Nuestros hijos no sólo nos han dejado dolor, nuestro amor hacia ellos no se ha extinguido.

Cuenta una anécdota, que durante la guerra de las Malvinas, un bombardero argentino fue alcanzado por el fuego enemigo y el piloto se salvó tirándose en paracaídas y luego, por un tiempo, fue prisionero de los ingleses.

Al ser liberado acostumbraba a dar charlas sobre su experiencia.

Cierta vez, estando en un restaurante se le acerca alguien y le dice ¿usted no es Carlos que estuvo en la guerra de las Malvinas?

Sí, le contesta, pero ¿usted cómo lo sabe?

Yo pertencí al grupo que se encargaba de doblar los paracaídas, veo que se abrió, le contestó.

Sí, claro, me salvó la vida, sino no estaría aquí.

Desde entonces iniciaba sus charlas con la siguiente pregunta:

¿Quién dobló hoy tu paracaídas?

Nosotros en Renacer, también podemos hacernos la pregunta ¿Quién dobló mi paracaídas, para que pueda seguir viviendo?

Y habrá muchas respuestas...

Pero hay una a la que no podemos escapar: fueron nuestros hijos, a través del mensaje de Renacer, quienes como “estrellas fugaces llegaron a nuestras vidas, nos tocaron, se fueron, pero nos transformaron”.

Entonces, el amor a nuestros hijos desalojará a aquellas emociones negativas que pretendían gobernar nuestra vida.

Paulatinamente, en nuestro corazón se encienden nuevas luces y empezamos a ver alrededor nuestro que no estamos solos, que hay una mano invisible que guía nuestros pasos y nuestros hijos se transforman en nuestros maestros.

¡Qué difícil es al principio!

Pero la tarea es nuestra, pues desde el primer día, podemos elegir como hemos de sufrir, si dignamente o miserablemente.

¿Qué se merecen nuestros hijos? ¿Qué imagen estamos dando al mundo? ¿Que la muerte todo lo puede?

No importa si no es en estas fiestas que levantemos, por primera vez, una copa en homenaje a nuestros hijos, pero si un día habremos de hacerlo, ¿Por qué demorar ese instante aunque el brillo de nuestros ojos se nuble por una lágrima?

Quizá sea eso lo que ellos esperan hoy de nosotros.

Entonces, podemos darle un dulce sentido a su presencia en nuestras vidas, y asumir que la felicidad no es una meta a lograr, sino el resultado de una tarea o misión adecuadamente cumplida, que ni siquiera es preciso que sea llevada a cabo exitosamente, para que uno pueda sentirse feliz y realizado sin cuestionamiento alguno.

De esta manera, las expresiones de felicidad que podamos recibir de otros, para esta Navidad y Año Nuevo, dejarán de ser una herida al corazón, para transformarse en un homenaje a aquella estrella que vino para transformarnos, quienes “doblaron nuestro paracaídas”, y le dieron un nuevo sentido a nuestra misión en esta vida, en el camino que estamos transitando en Renacer.

Que la estrella, fugaz que pasó por nuestras vidas, nos ilumine en esta Navidad y en el año que se inicia.

Viernes 19 de diciembre de 2014

Renacer es una puerta abierta a la dimensión espiritual

Como padres, madres o hermanos que enfrentamos una pérdida irreparable, en vez de sentirnos sumergidos en un doloroso proceso de duelo, hemos descubierto a través del mensaje de Renacer que podemos percibir la partida de nuestros hijos y hermanos, como una situación límite, como un cambio existencial que nos abre la puerta a la dimensión espiritual como seres humanos, puerta que había estado latente en nosotros, como larvada, posibilitando ahora un cambio positivo en nuestras vidas, para ser mejores personas en homenaje a esos hijos y a esos hermanos.

Imbuidos de su mensaje y de su esencia, hoy nos impulsa a compartir lo recibido de Renacer, impregnados de gratitud hacia sus iniciadores y del recuerdo a nuestra dulce y querida Ana.

La partida de nuestros hijos, definida en Huerta Grande 2003, como “EL CAMBIO EXISTENCIAL QUE NOS ABRE LA PUERTA A LA DIMENSION ESPIRITUAL”, fue un paso de gigante para la comprensión de la crisis existencial sufrida por quienes hemos perdido prematuramente a seres tan queridos.

Para Víctor Frankl la libertad del individuo se manifiesta a partir de su dimensión espiritual, pues, ni la situación psicofísica ni la posición social son decisivas en la definición de la situación en que se halla una persona, sino que lo decisivo radica en la persona espiritual, en las actitudes personales que cada uno adopta frente a las circunstancias que se le presentan en la vida.

Descartes ha dicho que “pocos errores contribuyen tanto a alejar a los espíritus débiles del camino recto de la verdad, como el que sostiene que el alma de los animales es de la misma naturaleza que la nuestra y, por consiguiente, que no tenemos nada que temer ni esperar después de esta vida, lo mismo que las moscas o las hormigas.”

La aplicación de la lógica cartesiana en manos de la ciencia condujo a "erigirnos en dueños y señores de la naturaleza", como lo expresa el propio Descartes, y luego sumergirnos en el materialismo deshumanizante, falto de espiritualidad que inunda hoy al mundo.

Así sucedió pese a que para el mismo Descartes el alma racional humana no puede haber sido sacada de la fuerza de la materia, él lo dice así: "No basta, que el alma racional habite en el cuerpo humano como un piloto en su navío, sino que es necesario que esté unida íntimamente a él para tener sentimientos y pasiones y formar así el hombre verdadero".

¿Qué sucedió para que la ciencia, cuya base es la metodología cartesiana, haya negado la dimensión espiritual del ser humano?, cuando Descartes, como creador del método que es cimiento del pensamiento científico occidental, dice que "si se conoce la diferencia que separa, al alma racional humana de la irracional de los animales, pueden comprenderse mejor las razones que prueban que la nuestra es de naturaleza completamente independiente del cuerpo, y, por lo tanto, no está sujeta a morir con él" y "no habiendo otras causas que la destruyan, naturalmente, llega uno a creer que es inmortal".

Antoine de Saint-Exupéry dice: "En algún lugar del camino, hemos desviado el rumbo. Falta algo elemental, imposible de definir. La sensación de percibirnos a nosotros mismos como seres humanos se va tornando cada vez menos frecuente."

Muchas son las voces que, como la de Elizabeth Kübler Ross, se han levantado proclamando la necesidad de un despertar a la espiritualidad.

Como la de Alexander Yakovlev, al decir: "Cuando consideramos el presente y el futuro, nos resulta inevitable concluir que la crisis más grande que hoy enfrentamos, se halla en el plano de los ideales espirituales".

O la de Daisaku Ikeda "En los años posteriores a la guerra fría, vivimos en un "un gran interregno de la filosofía: ésta es una época caracterizada por la ausencia de filosofías capaces de guiar a la humanidad."

O la de Alexis Carrel, cuando dice: "En realidad nuestra ignorancia es profunda. Casi todas las preguntas que se plantean quienes estudian a los seres humanos permanecen sin respuesta. En nuestro mundo interior hay inmensas regiones aún desconocidas."

O la de Víctor Frankl al decir: "Nuestro corazón ha sido bombardeado."

O la de Arnold Toynbee: "Nuestros conocimientos verificables, no nos suministran la información y la guía que necesitamos para vivir como seres humanos."

O Herman Hesse "La luz que estás buscando ya habita en tu corazón."

O Mahatma Gandhi: "Tienen que ponerse de pie contra todo el mundo, aunque al ponerse de pie, se den cuenta que están solos. Tienen que mirar al mundo de frente, en la cara, aunque cuando lo hagan se den cuenta de que el mundo los mira con ojos inyectados en sangre. No teman. Confíen en ese algo diminuto que habita en su corazón."

O Leo Buscaglia: "Quiero conducirte de vuelta a ti mismo, a lo que tú eres, ¿crees que podrías trazar un puente hacia ti mismo? ésta puede ser la mayor aventura de tu vida. Y hay miles de cosas para hacer, para tocar, para sentir y cada una de ellas hará de nosotros un ser humano diferente."

O Blas Pascal: "El corazón tiene razones, que la razón ignora."

O la de Deepak Chopra: "Si oyes la palabra "te amo" y tu corazón comienza a palpar, se ha producido una metamorfosis asombrosa." "Una emoción en la mente de otra persona, se ha transformado en molécula de adrenalina que corre por tu torrente sanguíneo. Este misterio desafía los más complejos conocimientos de la biología, la medicina, la sicología, la química y la física, pero es de importancia vital."

También algo nos dice el mensaje de Marlo Morgan en "Voces del desierto".

Por eso Chopra, en "La Curación Cuántica", refiriéndose a las experiencias del Dr. Simonton dice: "Aún si el paciente del doctor Simonton fuera único en su género, su caso logra estremecer nuestra concepción de cómo el cuerpo se cura a sí mismo, porque aquí vemos a la naturaleza descubrir una forma de combatir la muerte, de una manera que ningún médico había siquiera intentado."

Y Agrega: "En los orígenes de la medicina occidental, Hipócrates afirmó: "un paciente que se halle mortalmente enfermo puede recuperarse si cree que su médico es bueno."

"No podemos excluir completamente al espíritu en la conexión mente-cuerpo. Decir que el cuerpo se cura a sí mismo solamente mediante el empleo de compuesto químicos

equivale a decir que un automóvil cambia de velocidades solamente mediante la transmisión, evidentemente necesita un conductor que sepa lo que está haciendo.”

“Si bien la medicina ha pasado varios siglos tratando de sostener la idea de que el cuerpo se conduce solo, como una máquina auto motivada, aquí también debe haber un conductor.”

Ciertamente que existe un mundo manifiesto, perceptible a los sentidos, objeto de la ciencia de base cartesiana, el mundo mineral, el mundo vegetal y el mundo animal, en una palabra el mundo objetivo.

¿Existe también un mundo subjetivo? ¿Existe un mundo latente, oculto a la percepción de los sentidos, sólo perceptible por la intuición y el poder "irreflexo" de la mente?

"Lo más noble del ser humano, dice Víctor Frankl, no puede ser reflexionado y por lo tanto la verdad no puede ser expresada."

"El misterio de la vida, dice Daisaku Ikeda, se debe a la dificultad de percibir la naturaleza de las cosas y los fenómenos, tal como ellos son."

Por ser tan complicado, fue que la humanidad se perdió en ese laberinto como dijo Antoine de Saint-Exupéry: “Hemos perdido algo que era una de nuestras misteriosas prerrogativas."

Gustavo y Alicia Berti nos dicen: "Es nuestra dimensión espiritual la que nos conecta, a través de la intuición, con la esencia misma de las cosas. Los escritos especializados en temas psicológicos ponen de manifiesto que, desde un principio, la psicología esquivó el factor espiritual en la persona..."

Y agregan: “Renacer ha dado un gran paso frente a la humanidad y cada uno de nosotros ha adquirido la responsabilidad de recordar a nuestros seres queridos a través del amor renunciando al dolor profundo. Es necesario trabajar con una nueva realidad, una realidad que hasta ahora ha estado oculta, pero que comienza a dejarse ver a través del camino de la espiritualidad al que la muerte de un hijo nos abre las puertas. Toda otra visión, todo otro proyecto, enfrentado a éste queda disminuido.”

Es evidente que Renacer nos enfrenta a la disyuntiva ineludible y libérrima de elegir una actitud espiritual que nos lleve a ser mejores personas, pudiendo por este camino sentirnos lúcidos y transparentes, y “ver al mundo como es, llegando a la verdad de frente, donde cesan todas las turbulencias y se logra la paz interna”, como dice el mensaje de Renacer.

De la misma manera hemos de constituirnos, mediante nuestras actitudes, en faro en el seno de nuestras familias, y frente a la comunidad.

Tenemos que reafirmar la revolución cultural que es Renacer, partiendo de la horizontalidad, sin estructuras condicionantes, mostrando actitudes positivas, sin imponer valores, y así iluminar con luz propia, la oscura noche de la humanidad que transita hoy los caminos del odio y el egoísmo.

Tarea difícil para cada uno de nosotros, la de ser un faro frente a un barco a la deriva, pero sepamos, como dijo Gustavo Berti, que “un faro, a la vez que ilumina, no puede separar la luz de sí mismo.”

Viernes 30 de enero 2015

Carta a quienes han perdido hijos

Hoy, 19 de marzo, se cumple un año que nuestra querida y dulce Ana, dió el gran salto cósmico para unirse a nuestro hijo Enriquito.

En su homenaje queremos difundir hoy el texto de una carta que en nuestros primeros pasos en Renacer, conjuntamente con Ana, preparamos para quienes han perdido un hijo.

“Querido papá o mamá:

Hasta hoy, no sabíamos nada de ti, sin embargo hoy, sin haberte visto, podemos leer en tu alma.

Pocos saben de la angustia de perder un hijo o una hija.

Sabemos que acuciarán los ¿por qué?... ¿Por qué a él o a ella?; ¿Por qué a mí?; ¿Por qué ahora?; ¿Por qué no a mí?... y muchos otros que quedan todos sin respuesta, pero te asaltarán a cada instante y te robarán el sueño.

Nunca tendrás respuestas a esos ¿por qué...?

También vendrán otros pensamientos... si yo hubiera...; si yo no hubiera...; si él o ella hubiera...

¡Ya no existen esos hubieras!

Tú le diste lo que tu cariño sintió que debías darle, el resto no está en tus manos, ni lo estará, por siempre.

Así son los hechos.

La razón es esquivada a aceptarlo, pero lo debes aceptar con el corazón, pues como dice Blas Pascal "El corazón tiene razones que la razón ignora"

Es en el corazón que debes alojar a tu hijo o hija y, entonces, verás que allí tiene un lugar y en ese lugar renacerá para ayudarte a superar esta adversidad, que es la más grande de las adversidades que puede soportar un ser humano.

Pero también es, como toda adversidad, como toda dificultad, un nuevo campo de experimentación, del cual no podrás ya sustraerte.

No importa donde creas que está, estará por siempre también en tu recuerdo, en tus actos, en tus triunfos y en tus fracasos.

No hagas, en su homenaje, que tu vida se vaya con su vida, por el contrario, haz que tu vida florezca en su homenaje.

Te aseguramos que es posible.

Desde lo más remoto de los tiempos, el hombre ha buscado desentrañar los misterios a que la vida nos enfrenta.

Quizá esos misterios estén ocultos a la percepción humana, tras la propia naturaleza de su manera de percibir.

La ciencia se ha preocupado, fundamentalmente, de buscar la explicación de los fenómenos tangibles, aquellos que se manifiestan a los sentidos y entonces se ha centrado en lo que se puede medir, evaluar, demostrar, predecir, haciendo caso omiso a todo lo que nuestra mente percibe como intangible y lo rodea de misterio.

Cuando enfrentamos un infortunio, éste tiene una dimensión mayor en el propio mundo interno, que en el mundo material.

La angustia, el dolor y la pena, son siempre más abarcadores que la satisfacción por los deseos materiales cumplidos.

Por eso, cuando se logra superar un obstáculo, uno se da cuenta que su mundo interior posee una fuerza vital que le permite enfrentar todas las dificultades, transformando un hecho negativo en fuente de energía interna.

La historia está signada por ejemplos de esa naturaleza.

El general macedónico cuyas tropas habían arrasado la ciudad, destruyendo el hogar del filósofo griego Stilbo de Megara, matando a su familia y a sus amigos, le preguntó irónicamente, ¿qué has perdido? y éste contestó: "Nada he perdido, pues llevo conmigo todo lo que es mío".

Y el escritor John Milton, cuando quedó ciego, dijo: "El verdadero infortunio, es no saber sobrellevar un infortunio".

"Sólo quien ha vivido en carne propia el sufrimiento del invierno, puede gozar de los frutos de la primavera", afirmó el filósofo suizo Carl Hilty.

"Nunca la primavera deja de suceder al invierno", dice la filosofía oriental.

Así pues, las piedras que encontramos en el camino, que nuestra mente ve como montañas o precipicios, pueden, en virtud de esa fuerza vital interna, transformarse, si aprendemos la lección de que los obstáculos son un motivo para superarnos, antes que para desesperarnos.

A partir de ahí, podemos comprobar que detrás de cada muralla, detrás de cada obstáculo, detrás de cada barrera, detrás de cada montaña, hay un paisaje.

Y ese paisaje será como nosotros queramos que sea, oscuro o brillante, todo depende de nuestra fuerza y de la determinación que pongamos en ello.

Ese es el hábito que nos permite trascender.

Para trascender el infortunio de la ausencia de un hijo no existen edades, ni tiempos, ni espacios; tampoco ámbitos sociales o religiosos, pues lo que se aloja en el corazón no está sujeto a esas dimensiones, todo se resuelve en el ámbito individual de la comprensión, del afecto, de la empatía, que se sustenta en la esencia, no importando las circunstancias.

Debes, si los tienes, abrir el corazón a aquellos otros hijos, que siendo, también, hijos de nuestra propia vida, nos acompañan y requieren el afecto, que, a veces, nuestros ojos nublados por el ayer, olvidan dispensarles en el hoy.

Trascender, es comprender y sentir que estamos vivos y que por estar vivos, viven también en nosotros, nuestros hijos.

Trascender es despertar a la espiritualidad en este mundo teñido por el deseo de lo material, que se desvanece frente a la percepción de la espiritualidad, a que te enfrenta esta circunstancia.

El mundo circundante, por la cultura en que estamos inmersos, quizá se aparte de ti; no sabrán que decirte, no querrán herirte; no te comprenderán.

No te comprenderá mientras sufres, ni te comprenderá si trasciendes tu dolor.

Quien no haya vivido, este dolor no lo puede entender... es nuestro el deber de demostrar al mundo, que para nosotros también el mundo sigue andando, que podemos levantar una copa, sonreír, recibir llamadas telefónicas y tarjetas para Navidad o Año Nuevo, porque hemos resuelto que nuestra vida aún no ha terminado.

Trascender es dar con humildad, es dar con la mano extendida, llevando consuelo a quien sufre la misma pena.

Trascender mientras aún sientes el fuego de la lágrima incontinida... sin esperar a encerrarte en un dolor sin esperanza.

Esperanza es lo que hemos encontrado en "Renacer Uruguay".

El Grupo "Renacer", de Padres cuyos hijos han partido de la vida física, es un conjunto de seres sensibles a las circunstancias de la vida, que buscan, por medio del diálogo y la comprensión, hacer que la dificultad que la vida les enfrenta, se transforme en motivo para la superación individual.

Encontrar en uno mismo la fuerza para superar adversidades y volcarla en procura de un acercamiento humano a nuestros semejantes, es el mejor homenaje que podemos hacer a nuestros hijos.

Descubrir su latir en nuestros corazones resulta una ofrenda de amor mutuo, que mitiga su ausencia física y acrecienta el valor de su presencia espiritual.

A partir de ahí, cada uno puede encontrar una armoniosa conjunción que le permita volcar hacia quienes sufren idéntica pena, el bálsamo de la comprensión, la amistad y una misión a cumplir.

Misión que llena de paz al corazón, ahuyentando la pena y la angustia, mientras se siente la presencia de quienes nos inspiran en esta hora.

El filósofo alemán Friederich Nietzsche dijo:

"¡Que en lo sucesivo, no sea tu propósito el sitio de donde vienes, sino el lugar al cual te diriges!

El pie que desea adelantarse más allá de donde te encuentras, ¡ese ha de ser tu nuevo propósito!"

Ese debe ser nuestro propósito y nuestra esperanza.

Tuvimos la oportunidad de integrarnos a ese grupo de padres, que enfrentan una nueva vida con altruismo, tratando de llevar calma y tranquilidad a aquellas almas sacudidas por una pérdida idéntica a la que cada uno de nosotros ha debido enfrentar.

Existen madres y padres con esa fuerza dinamizadora, que con generosidad y altruismo, están dispuestos a transmitir a sus semejantes esa fuente de vitalidad, que cambia el enfoque con que nuestra cultura está acostumbrada a encarar los obstáculos que nos presenta la vida, llevando, como el Buen Samaritano, el bálsamo, para aquellos corazones que han sido sacudidos y ansían la paz espiritual.

La solidaridad, el afecto y la comprensión que emanan de sus integrantes, hace que luego de conocerlos compartiéramos su lucha y su trabajo, sabedores de que esa actitud es la mejor ofrenda que podemos hacer a nuestros hijos.

Por su causa, gracias a ellos, en nombre de ellos y por ellos, podremos acercar bálsamo para el dolor de otros seres, que también pueden renacer, haciendo surgir esa fuerza vital inherente a cada ser humano, que inunda el universo, y de la cual, junto con nuestros hijos, somos parte inseparable, en el tiempo infinito y en el espacio intangible reservado al amor."

Ana y Enrique

Sustituye, por marzo corriente, al envío que habitualmente se emite el último viernes de cada mes.

19 de marzo de 2015

Renacer es descubrir nuevos caminos

Resulta imposible decir algo sobre la esencia de Renacer que tenga significado para cada uno en su fuero íntimo pues al ser nosotros únicos e irrepetibles, implica que el Mensaje de Renacer tendrá, para cada uno, un sentido individual que puede ir desde la más absoluta indiferencia hasta el más profundo significado para sus vidas, aun referido en particular a los padres que hemos perdido hijos.

Nos introducimos hoy por la puerta abierta dejada por los iniciadores de Renacer, en febrero de 2009, para reflexionar sobre los aspectos que implica el mensaje de Renacer y los caminos a recorrer, con la libertad que hemos descubierto a través del propio mensaje de Renacer, asumiendo la aventura de incursionar a través de los conceptos vertidos por sus iniciadores, imbuidos de gratitud hacia ellos y con el recuerdo de nuestra dulce y querida Ana, tratando, en lo posible, de descubrir y luego describir aquello que está implícito en la Esencia de Renacer.

Al respecto ha dicho Gustavo Berti que los grados de significación, de acuerdo con los cuales una cosa dada puede tener diferente significado o grados de importancia, para diferentes personas, depende no sólo del nivel cultural, social o intelectual, sino, también del estado de conciencia a través del cual el acto de percepción se lleva a cabo, que tiene extrema importancia en los grupos Renacer, en los que los padres entran con una crisis existencial tan abrupta y violenta, con estados de conciencia tan alterados y confusos, que dificultan aun el “simple vivir” en la realidad cotidiana, la que parece tan lejana y ajena como si estuviese siendo observada desde afuera en una perspectiva atemporal, sin olvidar las diferencias culturales que implican los paradigmas vigentes.

El desafío no es lamentar lo perdido, sino descubrir los nuevos caminos que se abren a partir de esa pérdida; nuevos caminos de esperanza, de amor, de solidaridad, de compasión, en fin, tratar de ser mejores.

Para descubrir esos caminos concurren diversos factores a tener en cuenta, el primero de los cuales es el lenguaje que usamos para comunicarnos, pues detrás de cada palabra hay siempre algo oculto, que hay que preocuparse por descubrir.

Ya desde tiempos remotos, Platón, 400 años antes de Cristo, citado por Raymond A. Moody en “La vida después de la vida” dice: “El lenguaje humano es inadecuado para expresar directamente las realidades últimas. Las palabras ocultan, más que revelan, de la naturaleza interna de las cosas. En consecuencia, las palabras humanas no podrán hacer otra cosa que indicar -mediante la analogía, el mito y en otras formas indirectas- el carácter verdadero de lo que está más allá de la esfera física.”

A ello se agrega la naturaleza misma de la Esencia de Renacer, en donde, como grupo de Ayuda Mutua, emerge la dimensión espiritual como fenómeno específicamente humano.

La espiritualidad juega un papel fundamental en los grupos de ayuda mutua, entendiendo a ésta como la condición de espiritual implícita del ser humano, como un ámbito de conciencia ampliado, un fenómeno que tiene origen en el hombre, pues el hombre posee un conocimiento intuitivo de los valores hacia los que se siente arrastrado, valores que pertenecen a su dimensión espiritual, que se expresa de una forma no reflexiva.

¿Cómo hacer para reflexionar sobre aquello que por naturaleza no es pasible de conocimiento por vía de la reflexión?

No se llega a ser compasivo a través de la lectura o la reflexión, sino merced al amor compartido con aquellos con quienes el destino común nos ha hermanado, dice el mensaje de Renacer.

No se trata, pues, de comprender, como dijo Einstein: “Es incomprendible que pretendamos comprender.”

Pero, cuando perdemos un hijo o un hermano lo primero que hacemos es llenarnos de preguntas, y llenos de ¿por qué? y de ¿si yo hubiera...? no encontramos explicación alguna.

Lo que sucede es que, en la cultura que se nos ha imbuido, pasa lo que sostiene el propio Einstein cuando nos dice: “La mente intuitiva es un regalo sagrado y la mente racional es su sirviente fiel; sin embargo, hemos creado una sociedad que honra al sirviente y ha olvidado el regalo sagrado de la mente intuitiva.”

La intuición nos muestra el camino, y es la que nos dice que aún en los momentos difíciles, de sufrimiento inevitable, aquéllos donde creemos perder la fe y la esperanza, existe la posibilidad de un cambio, de una transformación interior.

Ante la profunda señal de alerta que implícita una crisis, el hombre puede despertar a su intuición y saber que la salida existencial está por delante suyo, en lo que aún queda por realizar de ese futuro en el que yacen las posibilidades aún no realizadas; se da cuenta que la única manera de eliminar la oscuridad es dejando entrar la luz.

El filósofo francés Henri Bergson dice que “la intuición es la empatía a través de la cual nos transportamos dentro de lo más íntimo del otro para coincidir con lo que es único y por lo tanto inexpresable.”

A todo esto, no es ajena la historia de Renacer, pues mientras en Río Cuarto se reunían, por primera vez, padres que habían perdido hijos, Víctor Frankl sostenía que “El hombre que se levanta por encima de su dolor para ayudar a un hermano que sufre, trasciende como ser humano”, concepto que es la síntesis de la Esencia de Renacer, como un ámbito de luz, de esperanza y de amor.

Para llegar a una meta es necesario tener, en primer término, fe en el camino que se va a iniciar, luego dar el primer paso y finalmente perseverar.

Renacer es para los valientes, para los que no quieren rendirse, para los que no quieren entregarse en la vida, pese a la pérdida de un hijo, es para los que buscan nuevos caminos y dicen: a pesar de todo, sí a la vida.

Viernes 24 de abril de 2015

¿Cómo quisieran vernos nuestros hijos?

Muchas veces en la vida nos hacemos una pregunta que, seguramente, casi todos nosotros nos la hemos hecho en nuestra juventud, ¿qué sentido tiene nuestra vida?

Asumiendo la responsabilidad de incursionar a través de los conceptos vertidos por los iniciadores de Renacer, imbuidos de gratitud hacia ellos y con el recuerdo de nuestra dulce y querida Ana, trataremos, en lo posible, de descubrir el sentido de nuestra vida.

Paulatinamente, vamos encontrando sentido a la vida; algunos al formar una familia, en la crianza de los hijos, otros en la enseñanza, el arte o las ciencias, otros en el ejercicio de una profesión y otros en las tantas actividades a que cada uno puede aspirar realizar.

Para quienes hemos perdido hijos, llega un día que la vida nos enfrenta a algo inesperado, y, en la noche oscura del alma, nos volvemos a hacer esa misma pregunta ¿qué sentido tiene realmente mi vida?

Cuando el mundo circundante desaparece, centrados en nuestro propio dolor, por un camino u otro nos llega la existencia de Renacer, un grupo de padres que enfrentan la pérdida de hijos, y como no queremos seguir viviendo como lo estamos haciendo hasta ese momento, nos acercamos buscando saber de qué se trata.

Renacer dentro de la más absoluta libertad individual, trata de iluminar dentro del corazón de cada uno de nosotros como padres o madres, para, precisamente, encontrarle un nuevo sentido a la vida.

En mayo de 1998 escuchamos a Gustavo Berti decir “antes de Renacer lo único que se podía hacer, luego de la pérdida de un hijo era vivir una tragedia”.

Era una tragedia, por la cantidad de estados emocionales que están ligados con la muerte de un hijo, ya sea la depresión, el desánimo, la angustia, las ganas de no hacer nada, el insomnio, el ensimismamiento, etcétera... más de cincuenta... y nuestra vida ha perdido su sentido.

Si nos dejamos llevar por las emociones, sin que hagamos absolutamente nada, seguramente que lo único que vamos a lograr es sufrir.

Cuando nos damos cuenta que la partida de nuestros hijos, es un hecho absolutamente irreversible y que por ser absolutamente irreversible nos acompañará hasta el último día de nuestra existencia, nos obliga a decidir qué vamos a hacer con nuestra propia vida.

Es entonces que aparece Renacer para iluminar ese instante y decimos: que lo primero que podemos hacer es no dejarse llevar por el camino de las emociones, pues hay otra actitud más digna.

El mensaje de Renacer dice que frente a aquello que nosotros no podemos modificar, hay algo que sí, podemos modificar, que es nuestra actitud frente a la propia vida.

Cuando un padre se da cuenta que las emociones no es el camino a seguir, empieza la obra de Renacer y vemos padres que dicen: Renacer me ha ayudado a cambiarle el sentido a mi vida, que estaba encaminada a destruirse, estaba encaminada a amargarme, estaba destinada a vivir permanentemente en un estado de angustia y de sufrimiento, sintetizada en esta frase frecuentemente escuchada en los grupos “yo no sé dónde estaría hoy, si no hubiera encontrado a Renacer”.

El mensaje de Renacer viene a decimos que podemos asumir una actitud positiva y decir “sí a la vida, a pesar de todo” empezando a caminar con la frente en alto.

Para despertarnos, Renacer nos pregunta: ¿alguien se siente la misma persona después de haber partido el hijo? ¿hay algún padre o alguna madre que se sienta la misma persona?

¡No! dice el mensaje de Renacer, no nos sentimos las mismas personas, entonces, si no nos sentimos las mismas personas, seremos peores o mejores personas, no hay otra alternativa.

¿Qué elegiríamos? Seguramente, que ser mejores personas.

Y ¿por qué elegiríamos ser mejores personas?

Porque la memoria de nuestros hijos, merece que hagamos el esfuerzo para ser mejores personas.

¿O acaso la memoria de nuestros hijos, lo que merece son solo nuestras lágrimas, nuestra bronca, nuestro odio o que queramos morir tras ellos?

Renacer nos muestra que, en su recuerdo, lo que merecen nuestros hijos es el homenaje que le podemos hacerles con nuestra propia vida.

Cuando decidimos hacerle un homenaje con nuestra propia vida, lo primero es no dejarse llevar por las emociones y salir del ensimismamiento de los primeros momentos para ser más solidarios, compasivos y altruistas y, en consecuencia, mejores personas.

Nos podemos preguntar ¿Cómo quisiera verme mi hijo o mi hija?

Nuestros hijos no quisieran que su mamá se deje de pintar, que se deje de arreglar, que deje de salir, que se encierre y se tire en una cama a llorar...

Tampoco quisieran que el papá se abandone o se pongan una coraza, porque se sienta inmune a todo lo que puede ser un sentimiento y trate de borrar de su memoria a sus hijos, guardando las fotos en un cajón...

¿Eso es lo que nuestros hijos hubieran querido de nosotros?

Entonces la respuesta es muy sencilla para el que capta con su corazón el mensaje, porque el mensaje de Renacer es un mensaje al corazón, es un mensaje de amor.

Nuestros hijos vienen al mundo para transformarnos y vivieron toda su vida y en homenaje a esa vida que él ya vivió, es que nosotros tenemos que adoptar una nueva conducta, lo que implica una revolución cultural.

Hemos caído en un pozo y hay que empezar a dar pequeños pasos para salir de a poquito; pero para llegar a una meta es necesario tener, en primer término, fe en el camino que se va a iniciar, luego dar el primer paso y finalmente perseverar.

El Mensaje de Renacer es la esperanza de encontrarle un nuevo sentido a nuestra vida.

Viernes 29 de mayo de 2015

Un homenaje con la propia vida

Si bien, los padres que hemos perdido hijos, podemos homenajear a nuestros hijos llevándoles flores al cementerio, u ofreciéndole misas, prendiendo velas o exhibiendo su foto, etc. como es habitual en la cultura a la que pertenecemos, a través del mensaje de Renacer, hemos aprendido una forma más profunda de homenajearlos, que es hacerlo con la propia vida.

Es seguro que cada uno, en su momento, hubiera ofrecido su vida a cambio de la de su hijo y no le fue concedido, pero hoy podemos ofrecer vivir nuestra vida en su homenaje

Diariamente, ya sea en nuestro hogar, en la calle, en la oficina o donde sea que estemos, se nos presentan situaciones que nos pueden fastidiar, nos pueden molestar, que habitualmente contestábamos con ira, fastidio o violencia, pues bien, frente a esas situaciones, que cuando se dan ya son hechos del pasado y, por lo tanto, no podemos cambiar, en homenaje a nuestros hijos, sí podemos cambiar de actitud y asumir una nueva actitud exenta de ira, de fastidio o de violencia.

Por ejemplo, en la calle en vez de acordarnos de la familia del otro conductor, en vez de fastidiarnos cuando en la cocina nos pasa algo, o frente a cualquier contrariedad, podemos cambiar de actitud sin fastidio, sin ira o violencia.

En poco tiempo nos daremos cuenta que ya no contestamos, que ya no nos violentamos, que ya no nos fastidiamos y eso constituye, en gran medida, ser mejores personas, gracias al homenaje que le estamos haciendo, calladamente, a nuestro hijo.

Se dirá que es difícil, sí, es difícilísimo, pero ¿acaso no es más difícil vivir amargados, desilusionados, llenos de pena, angustia y desesperanza?

Entre dos cosas difíciles podemos elegir aquella que sea mejor, todo depende de cada uno y de nadie más.

La semilla es buena, dependerá de cada uno que caiga en terreno fértil y que la cuide hasta que se robustezca.

Cuando resolvemos vivir en homenaje a ese hijo, empezamos a descubrir valores; valores que ya los teníamos, pero estaban ocultos, como larvados, como la crisálida, en espera de su ciclo de vida, nosotros teníamos esos valores en nuestro corazón, que ahora despiertan.

También empezamos a ver al dolor ajeno de una manera distinta, empezamos a darnos cuenta que en el mundo hay mucho sufrimiento y quisiéramos ayudar a quienes sufren y sobre todo empezamos a entender a los padres que sufren.

Nuestros hijos empiezan a transformarnos; ya no son aquellos hijos que nos causaron una tragedia, ya no son aquellos hijos que nos llenaron de angustia, ya no son aquellos hijos que nos llenaron de dolor, sino que son hijos que nos enseñan a ver la vida de una manera distinta.

Es entonces que se cumple la afirmación de Elisabeth Kübler Ross de que aquellos hijos que vienen al mundo por breve tiempo, lo hacen “con una misión específica: la de transformadores espirituales de sus padres”

Víctor Frankl, que fue un padre que perdió a su esposa, perdió a un hijo en gestación en un campo de concentración nazi, perdió a su madre, a su padre y a dos hermanos, dice "El hombre que se levanta por encima de su dolor para ayudar a un hermano que sufre, trasciende como ser humano."

Si cada uno de los actos en nuestra vida, los hacemos en homenaje a nuestros hijos, haciendo el bien, ayudando a los demás, comprobaremos la diferencia que hay entre vivir así o creyendo que el homenaje a nuestros hijos sea llorar, vivir angustiados o tomando medicamentos, drogas o alcohol.

Si nosotros resolvemos vivir en homenaje a nuestros hijos, ¿a quién se le puede ocurrir hacer mal o tratar mal a alguien?

No hay la menor duda, que nuestros hijos quisieran vernos con la frente en alto, viviendo dignamente.

Vivir dignamente no sólo por nosotros mismos, vivir dignamente también para la sociedad, dignidad para el entorno, porque la sociedad nos mira.

En “Buceando en el aljibe” sólo transmitimos el mensaje y lo hacemos imbuidos de gratitud hacia los iniciadores de Renacer, asegurando que es posible hacerlo realidad.

Renacer es la avanzada de una humanidad distinta, y como partes de esa avanzada, nos transformaremos, demostrando al mundo que se puede vivir dignamente en homenaje a un hijo que ha partido prematuramente.

Viernes 26 de junio de 2015

¿Qué es? ¿Qué buscan? ¿Qué encuentran en Renacer?

Algunas veces nos preguntan si nos reunimos para llorar, para rezar o pensando que nuestros hijos van a aparecer.

Imbuidos de gratitud hacia los iniciadores de Renacer y con el recuerdo de nuestra querida dulce Ana, en día de su cumpleaños y aniversario de casamiento, podemos decir que nuestros hijos no van a aparecer, nada de eso, no hay nada raro en Renacer, no nos reunimos para llorar porque no somos un grupo de llorones, sentimos profundamente la partida de nuestros hijos, pero estamos vivos y tenemos que seguir viviendo y hacerlo en forma digna.

Existe la tendencia, casi natural en el ser humano, a enfrascarse en el propio dolor y en su propio llanto, con el impulso a renunciar a vivir o decir yo ya no trabajo más, yo no hago más esto o aquello, yo cierro las cortinas y me encierro en mi casa, cosa que muchos padres han hecho.

Seguramente que tirarse en una cama, dejar de trabajar, cerrar puertas y ventanas, dejar de recibir a los amigos y familiares, viviendo encerrados en el propio dolor, no es la manera más digna de vivir para un ser humano, olvidando que junto a él hay otros seres humanos, entre ellos, sus otros hijos que necesitan atención, cualquiera sea su edad: niño, adolescente o ya adulto.

Renacer recibe a padres cualquiera sea la edad que ellos tengan, cualquiera sea la edad del hijo que ha partido, cualquiera la causa de su pérdida, cualquiera sea el tiempo que haga que el hijo haya partido, y, a su vez, cualquiera sea la fe religiosa que tenga el padre o la madre, cualquiera sea su ideología política y cualquiera sea su raza o color, porque la muerte no elige.

La razón de ser de las reuniones de Renacer es ayudar a los papás que vienen atribulados por el dolor, sintiéndose solos por primera vez en su vida y van a una reunión esperando que los ayuden aquellos que ya han pasado por este camino.

Hemos comprendido que debemos vivir una vida digna para nosotros mismos, y digna para aquellos que nos acompañan en el hogar, sobre todo para los hermanos de

aquel ser que ha partido, pues si ellos ven que nos encerramos en nuestro propio dolor, no sólo sufrirán por ese tremendo dolor que significa la pérdida de su hermano o su hermana, que fue su compañero de juegos, compañero de travesuras, su mascota, o su modelo, según la edad de cada uno, sino que también sufrirán porque sienten que están perdiendo a sus padres, pues para ellos ya no son como eran antes.

La pérdida de un hijo está considerada como la crisis existencial más aguda por la cual puede pasar un ser humano y a partir de ser la crisis existencial más aguda por la que puede pasar un ser humano, si no sabe qué hacer, si no sabe cómo enfrentar la vida, puede pasar uno, dos, tres, diez o más años o todo el resto de su vida lleno de angustia y de dolor.

Renacer puede ayudar a salir de esa situación de angustia, de esa situación de dolor, y cambiar las actitudes negativas por un gran homenaje de amor a nuestros hijos, homenaje que les hacemos con nuestras propias vidas, pues no le hacemos un homenaje material, les hacemos un homenaje en el ámbito espiritual, allí en la dimensión donde ellos están ubicados en este momento.

A veces, equivocadamente, recordamos a nuestros hijos en el pasado, en ese día del accidente, en el día en que en una cama perdieron su vida o en el día que sufrieron la desventura de cortar su propia vida, pero nuestros hijos no quedaron en el pasado, cualquiera sea el lugar que nosotros creamos que vamos a llegar el día de nuestra propia muerte, ahí están nuestros hijos, están en nuestro futuro.

Renacer, devuelve a la sociedad padres dignos para la comunidad que no andan por la calle dando lástima, sino que son ejemplo para el mundo de que es posible, frente a cualquier tipo de adversidad, siendo ésta la peor crisis que se puede sufrir como ser humano, se puede levantar y seguir viviendo, haciendo de una tragedia un triunfo del ser humano.

Y cuando hayamos encontrado la paz y la aceptación, habremos de trasmitirla a los demás, a los que la necesitan, a los que sufren, a los que aún viven en la oscuridad de la desesperanza y la rebeldía.

Hoy, en un día tan señalado de su vida, retumba en nuestra mente la dulce voz de Ana, al contestar la pregunta de un periodista de cómo se inició en Renacer y que consiguió.

“Nuestro hijo un día, por decisión propia, quiso partir. Nosotros aceptamos y respetamos esa determinación porque él siempre quiso ser libre y entendimos que en esa oportunidad él consiguió la libertad plena.

Al tiempo, a los dos años y algo que había partido Enriquito, encontramos al grupo Renacer que, en aquel entonces, cuando él partió no existía en el Uruguay.

Desde entonces, hemos caminado con otra firmeza y hemos encontrado un sentido a la vida.

Yo necesitaba mucho del grupo, el grupo me dio mucha, pero mucha fuerza, porque es un ámbito en el cual todos tenemos el mismo lenguaje.

Tenemos tres hijos más y en determinados momentos, sin quererlo, uno los deja un poquito de lado, pues es tal la angustia y el dolor que uno siente que no le da importancia a lo que tiene.

El mensaje de Renacer nos hizo ver, precisamente, que tenemos que darle valor a la vida que tenemos por delante, que nos iremos junto a ellos el día que tengamos que irnos, pero mientras tanto acá, en el lugar que nos toca vivir, tenemos que seguir dignamente, con la frente alta y tratar de ayudar a todos los papás que se encuentren en las mismas condiciones.

El papá que se acerca a Renacer, realmente, como la palabra lo dice, renace, porque la vida nos cambia a la vez de partir un hijo y nos cambia de una forma que en el primer momento no sabemos a dónde acudir y Renacer nos ubica, pues en Renacer hablamos el mismo lenguaje, nos entendemos y podemos hablar de nuestros hijos, quizá en Renacer es donde más se recuerda al hijo y no se lo tiene en el olvido.

Por otra parte nos da la satisfacción de poder ayudar a otros papás, pues si nosotros pudimos salir de ese pozo tan tremendo, como nos parecía en el primer momento, ellos también lo pueden lograr.

Son tareas que cuando uno las enfrenta son difíciles, pero no imposibles.

Mi mensaje es que toda aquella mamá o papá, que todavía no se ha acercado al grupo, que lo haga y como siempre digo, gracias a Enriquito porque me hiciste conocer a Renacer, pues Renacer es un ámbito de luz, de esperanza y de amor.”

Viernes 31 de julio de 2015

La fuerza indómita del espíritu

Las ideas de moralidad, ética, libertad y paridad entre sus integrantes y, finalmente, la responsabilidad por la propia vida y la manera en que la vivimos, formaron el núcleo fundamental de la tarea del grupo Renacer desde el momento inicial.

Luego, al año de funcionamiento de Renacer, al llegar a sus manos el libro “El hombre en busca de sentido” los iniciadores de Renacer, descubrieron el modelo creado por Víctor Frankl, con su contenido bio-psico-espiritual, que reconoce la libertad del hombre y junto con la libertad la responsabilidad que de ella emana, confiriendo al hombre la libertad de elegir no sólo el “para qué” de su sufrimiento, sino también definiendo al sufrimiento como una condición esencial de la existencia humana y la capacidad del hombre sufriente para encontrar sentido en su tragedia.

Este descubrimiento, confirmando sus ideas originales, le dio a Renacer una mayor firmeza e intensidad, especialmente, a partir del momento en que comenzó a expandirse fuera de Río Cuarto.

El modelo frankiano fue ganando espacio, con el correr de los años, merced a la progresiva decepción de las disciplinas psicológicas, por los resultados de los modelos más ortodoxos con lazos en las ciencias físicas.

La adopción de la metodología de las ciencias naturales, particularmente la física, tuvo consecuencias fatales para las disciplinas psicológicas porque, en lo que respecta al objeto de investigación “persona”, los escritos especializados en temas psicológicos ponen de manifiesto que la psicología esquivó, desde un principio, el factor espiritual en la persona.

La aplicación de métodos inadecuados, explica por qué los resultados de las investigaciones psicológicas, académicas, han tenido tan escasa relevancia para lo cotidiano, por eso, muy tempranamente los iniciadores de Renacer, han advertido sobre los peligros que asechan a los grupos, algunos peligros que provienen desde afuera y otros desde adentro; uno de los peligros que asecha desde adentro consiste en la psicologización.

Debemos aprender, dice el mensaje de Renacer, de la presencia de psicólogos y psiquiatras, cuando asisten a nuestros grupos como padres, pues nos están diciendo, con su sola presencia, que ni la psiquiatría ni la psicología les han servido a ellos para trascender su propio sufrimiento.

Sería paradójico que, necesitando del grupo porque sus conocimientos no les han servido para sí, quieran inducir a los grupos a trabajar con aquello que les fue inútil para trascender su propio dolor.

Existe el peligro que, subrepticamente, pueda infiltrarse en los grupos el concepto de “resiliencia”, manejado en la psicología materialista, que niega el ámbito espiritual en el ser humano, ámbito donde se radica la fuerza interna que poseemos y sentimos como seres humanos.

Este concepto de “resiliencia” fue extraído directamente de la física, ciencia que la define como la propiedad que tienen ciertos materiales, de volver a su estado anterior luego de ser sometidos a una fuerte presión.

La toma de una decisión frente a lo limitante es una postura espiritual, no física, afirma el mensaje de Renacer, es el poder desafiante del espíritu, la fuerza indómita del espíritu, como lo denomina Frankl, como lo es también la intuición de aquello que preside todo lo personal y moral del ser humano, lo que nos hace ser realmente humanos.

Víctor Frank sostiene que al hombre se le puede arrebatar todo en la vida menos la última de las libertades individuales: la actitud con que enfrentará lo que le toca vivir.

De acuerdo con su pensamiento, el hombre es un ser abierto al mundo, orientado a la búsqueda del sentido de las preguntas que la vida le plantea.

De esta manera, nos dice que no somos víctimas del destino, de aquello que la vida nos presenta sin consultarnos, ya que nos da a todos igual oportunidad de responder y es, precisamente, a través de las diversas respuestas que damos a lo largo de nuestra vida, que vamos modelando nuestra identidad, respondiendo en libertad y responsablemente, como seres únicos e irrepetibles.

Lo decisivo radica en la persona espiritual y, cuando se trata de actitudes, siempre será posible el cambio de las actitudes existenciales.

Nosotros como padres que hemos perdido a nuestro hijo y que aspiramos, en su homenaje, a ser mejores personas ¿lo haremos porque anida en nosotros la fuerza indómita del espíritu, que conlleva la esperanza de un reencuentro? o ¿lo haremos por el determinismo de una ley física por la que luego de ser sometidos a una fuerte presión se vuelve a su estado natural? lo que implicaría aceptar la teoría expresada por un psiquiatra biólogo en la página central del diario El Puntal de Río Cuarto, el domingo 7 de diciembre de 1997 donde aparece un comentario que dice “se ha descubierto que somos esclavos de nuestra biología cerebral. Somos así porque no podemos ser de otra manera” una expresión que es fiel exponente de un modelo de reduccionismo biológico, que pretende privarnos no sólo de nuestra libertad como hombres, sino también de nuestra responsabilidad.

Elisabeth Lukas dice que al reprimir la espiritualidad desaparece la confianza en la vida y su sentido. La capacidad de resistencia espiritual a los embates de la miseria psíquica mide la estatura moral del individuo.

O como dice Elisabeth Kübler Ross: “El mayor regalo que nos ha hecho Dios es el libre albedrío, que coloca sobre nuestros hombros la responsabilidad de adoptar las mejores resoluciones posibles.”

Según Víctor Frankl, el hombre es capaz de levantarse por encima de sus condicionamientos físicos y psicológicos, en las alas indómitas del espíritu.

Se trata, dice el Mensaje de Renacer, de la realización de valores, no la realización de cualquier posibilidad, sino de aquella que sea la correcta, no se trata, pues, de hacer lo que se puede, sino lo que se debe.

Nunca será lo mismo sentirse condicionado por una ley física y materialista, a intuir nuestra esencia espiritual, donde reina la fuerza indómita del espíritu, cuyo resultado es la paz interna.

Viernes 28 de agosto de 2015

¿Es posible convertir en triunfo una tragedia?

La historia de Renacer es la historia de un cambio posible conseguido por miles de personas de múltiples comunidades, cimentado en un nuevo y sólido fundamento filosófico antropológico y una moral, de la responsabilidad y de la libertad, sustentado en la dimensión espiritual, atributo específicamente humano.

El trabajo en Renacer está profundamente influenciado por la obra de Víctor Frankl, pues en su obra, se encuentran los fundamentos antropológicos y filosóficos necesarios para llevar adelante esta tarea.

Según Víctor Frankl, el hombre pese a los condicionamientos físicos y psicológicos, es antes que nada, un ser espiritual capaz de levantarse por encima de sus condicionamientos físicos, en las alas indómitas del espíritu y responder en libertad responsablemente.

Ser libre no significa libre de los propios condicionamientos físicos y psíquicos, sino libres para enfrentarse a ellos y asumir una actitud positiva.

La vida tiene un sentido incondicionado, en oposición a los modelos que toman al hombre condicionado como ser bio-psíquico.

Este sentido incondicionado no se pierde en circunstancia alguna, ni aun cuando el hombre se enfrente con la tríada trágica de su existencia, como son el sufrimiento, la culpa y la muerte.

En definitiva, lo que el hombre ansía, no es riqueza o poder o aun felicidad, sino ser capaz de encontrar una razón para vivir, capaz de encontrar sentido, no sólo a su destino, sino también a las posibilidades que esperan ser realizadas por él.

Frankl insiste en que el hombre no llega a ser tal, hasta que no se olvida de sí mismo, ya sea para allegarse a alguien a quien amar, a una tarea que cumplir o a un sufrimiento al que encontrarle sentido y sostiene que la esencia del hombre es la auto-trascendencia.

En la medida en que un ser humano, en vez de contemplarse a sí mismo, reflexionando sobre sí mismo, desea ponerse al servicio de una causa superior a él o amar a otra persona, se encuentra con la autotranscendencia que es una cualidad esencial de la existencia humana.

Ser hombre significa estar orientado a algo o a alguien que no es él mismo.

La autorrealización se produce como resultado de la realización de valores, no la realización de cualquier posibilidad, sino de aquella que sea la correcta, no se trata, pues, de hacer lo que se puede, sino lo que se debe.

Vemos así que se va gestando un modelo que comienza por apoyarse en aquellas partes más nobles del ser humano, su dignidad y las realidades del mundo más elevadas, es decir, los valores a los que el hombre como ser libre se siente atraído, para encontrar sentido en su existencia.

Es un abordaje desde lo espiritual, en oposición a los modelos que toman al hombre como ser bio-psíquico, condicionado y empujado por sus instintos, dejando de lado una de las tres dimensiones del ser humano, nada menos que la dimensión espiritual.

No se trata, dice el mensaje de Renacer, de un sentido abstracto, se refiere al sentido concreto que la vida tiene para cada uno de nosotros, como seres únicos e irrepetibles que somos, se refiere al sentido que cada uno de nosotros debe encontrar en su vida.

Cuando el objetivo es, como lo es en Renacer, el de encontrar sentido a una tragedia, por la pérdida de un hijo, cuando se le encuentra el sentido, lo más maravilloso es que nuestros hijos no se van en vano, es que su partida no es estéril, es que este sufrimiento es germen, es tierra fértil en el corazón, para que crezcan nuevas raíces, es plantar un nuevo árbol cuyas ramas lleguen al cielo y así, convertir en triunfo una tragedia.

En el libro de Alicia y Gustavo Berti “Donde la palabra calla”, se encuentra el camino de una revolución cultural no sólo para quienes hemos tenido el privilegio de conocer el Mensaje de Renacer, sino también un aporte para quienes viviendo en el agitado mar de la vida, buscan la luz de la estrella que ilumine su camino de superación humana, como muestra la ilustración de la tapa.

Es un ejemplo de cómo encontrarle un sentido a la vida, “Únicamente el que ha estado adentro sabe lo que pasó”, dice Víctor Frankl en “El hombre en busca de sentido.”

Sólo resta buscar la manera de que este libro, como base para los próximos cincuenta, cien y más años de Renacer, esté en todas las bibliotecas de todas las ciudades, pueblos y villas del mundo y obviamente en todos los grupos Renacer, no como una especulación teórica, sino como una experiencia vivida por quienes se enfrentaron a la crisis existencial más grande a que puede ser sometido un ser humano, como es la pérdida de un hijo.

Viernes 25 de septiembre de 2015

¿Cuál es el desafío para quienes hemos perdido un hijo?

La crisis existencial que se manifiesta, luego de la pérdida de seres tan queridos como son los hijos, provoca, en primera instancia, un estado desconocido en el que se produce un verdadero aislamiento existencial; desaparece el mundo circundante que rodea al ser sufriente.

Desaparece no sólo su significado, sino que desaparece el mundo mismo, y es posible experimentar la nada, en su plenitud; es como una puesta entre paréntesis del mundo que nos rodea.

Se han rotos los puentes de comunicación con los demás.

Nada hace más egoísta al hombre y más cerrado en sí mismo, que el hecho de sufrir, pues para el hombre que sufre es sólo él y su dolor, no existe el sufrimiento de la humanidad; en ese momento es solamente su dolor y el ser sufriente queda atrapado en su dimensión psicológica.

El hombre se ve inmerso en la ocupación egoísta de sí mismo, una especie de auto-contemplación psicológica perpetua, que conduce a disecar su vida anímica en la que las emociones se aferran a él, lo poseen y lo posicionan en su mundo interior.

Encerrarse en sí mismo puede ser visto como un fracaso en el intento de reconquistar el ser desde esa nada a la que ha sido arrojado.

Según Víctor Frankl, quien es arrojado a esta nada existencial, se enfrenta a dos posibilidades extremas, o permanece en profundos estados llamados de ensimismamiento o se encuentra con su propia autotrascendencia saliendo de sí mismo.

Ante la profunda señal de alerta implícita en una crisis tal, el hombre sólo si responde a su intuición, llega a saber que la salida existencial no la encontrará sumiéndose en el pasado, la salida siempre estará por delante suyo, en lo que aún queda por realizar de ese futuro en el que yacen las posibilidades aún no realizadas y puede darse cuenta que la única manera de eliminar la oscuridad es dejando entrar la luz.

Para salir del ensimismamiento es necesario entender al sufrimiento como un fenómeno patrimonio de la humanidad entera, tal como lo es la muerte y la angustia y no como un fenómeno sólo del hombre que lo está viviendo.

Es necesario desconectarse de las propias vivencias y ver al sufrimiento como una plataforma desde la cual es posible, asumir una actitud que reconozca la capacidad para oponerse a cualquier condicionamiento ya sea físico o psíquico, lo que representa un salto hacia su dimensión espiritual.

Entonces, es cuando adquiere relevancia la “ayuda mutua” pues ésta consiste, precisamente, en salirse de uno mismo hacia otro ser humano, hacia un hermano que sufre; el preocuparse por otro ser sufriente hace posible el distanciamiento del propio yo sufriente.

Quienes llegamos a Renacer lo hacemos por no querer vivir como estábamos viviendo, con la esperanza de descubrir en la ayuda mutua un ámbito para salir del aislamiento.

Con la presencia del otro, se reconstruyen, en primer término, los puentes de la comunicación, que es requisito fundamental para la existencia de la ayuda mutua.

La tarea es descubrir qué es lo que comienza, pues como lo expresa el Mensaje de Renacer “se abren nuevos caminos y la vida tiene tesoros para descubrir y cada uno puede descubrirlos, pero depende de cada uno.”

Renacer es ESPERANZA... la esperanza de que llegará un momento, en que la paz interna, la que perdimos el día de la partida de nuestros hijos, llenándonos de oscuridad, volverá a nosotros, como demostración cabal del triunfo del amor sobre el dolor.

Entonces, el desafío para quienes hemos perdido hijos, no es lamentar lo perdido, sino encontrar los nuevos caminos que se abren a partir de esa pérdida; nuevos caminos de esperanza, de amor, de solidaridad, de compasión, de tratar de ser mejores.

Viernes 30 de octubre de 2015

No todo termina cuando se va un hijo

Tenemos que abrir los ojos, abrir el corazón y abrir la mente para descubrir que detrás de este dolor de hoy, no se agota todo.

La vida tiene tesoros para descubrir y cada uno puede descubrirlos, pero depende de cada uno.

Tener esperanza, no es negar que las cosas sean como “parecen ser”, solo que en ese “parecer ser” no se agota todo lo que esas cosas son.

En cada uno de nosotros está la semilla que debe germinar y ser regada cada día, la semilla de la comprensión, de la solidaridad, del abrazo fraterno, de olvidarse de sí mismo para pensar en el otro, para pensar en el bien común.

Todos tenemos cosas valiosas para dar y tenemos en nombre de quien darlas, porque podemos darlas en nombre de nuestro hijo y hacer que el recuerdo de nuestro hijo perdure en la vida.

En el futuro están todas las posibilidades, de las cuales tenemos que elegir aquellas que sean buenas para mí, buenas para los que me rodean y buenas para la vida; si no cumplen la triple condición, no es una elección plena de sentido.

No va a ser con lágrimas que vamos a demostrar cuanto los amamos o los extrañamos, es a través del amor que demos.

Hay un tiempo para llorar, pero no se puede llorar eternamente, porque si se llora eternamente se destruye la familia, se alejan los amigos, los otros hijos pronto se alejan también de nosotros; sería una serie de pérdidas sucesivas, no solamente la pérdida del hijo, otras pérdidas que vendrán después, eso es lo que Renacer trata de evitar ofreciendo un camino.

En los grupos se les muestra a los padres que hay un tiempo de llorar, pero también hay un tiempo de levantar la frente y caminar por la vida con dignidad, haciéndose responsable por la manera en que cada uno de nosotros vivimos nuestra vida.

No hay una fórmula, hay que alentar el pensamiento positivo y amoroso de los papás que van ingresando y hacerles ver que todavía en su vidas hay un horizonte pleno de posibilidades para que ellos elijan como vivir su vida y que cada uno tiene que hacer su mejor esfuerzo, pues la responsabilidad de cómo vivimos nuestra vida es siempre nuestra, desde el primer día.

A Renacer no vamos a dar tristeza, llanto, bronca o rabia, pues si vamos a dar algo en memoria del hijo, hay que dar algo hermoso, y lo único que tenemos para dar es amor; todavía podemos sentir y dar amor en nombre de los hijos que no están.

Renacer ofrece la posibilidad de hacer una transformación interior, un crecimiento interior si así lo desean hacer, pues, como siempre, la elección depende de cada uno y suya es la responsabilidad.

Para llegar a la meta es necesario siempre tener en primer término fe en el camino y en el proceso que se va a iniciar, luego dar el primer paso y finalmente perseverar, si alguno de esos pasos no se cumple no llegaremos a ningún lado.

De esa manera, muy de a poquito, podemos lograr cambios perdurables, ya no sólo en nosotros mismos, sino a través de esta actitud, en la comunidad en la que vivimos.

Podemos ver a personas que podrían estar destruidas porque han sufrido la tragedia de haber perdido un hijo y, sin embargo, se levantan, se hacen solidarias, compasivas, ayudan a otro papá o a otra mamá que ha pasado por la misma experiencia de vida tan dolorosa, mostrándoles que hay un camino más allá del dolor y colaboran para que la comunidad en la que viven sea un mejor lugar para vivir.

La clave es que tanto sufrimiento no debe ser estéril, porque la verdadera tragedia sería no sólo haber perdido un hijo, sino, que habiéndolo perdido, elegir morir con él.

De un sufrimiento extremo, podemos aprender tanto, pues se abren caminos inesperados que jamás hubiéramos pensado que se nos iban a presentar.

Hacer el esfuerzo de ponerse de pie y saber que depende de cada uno como viva cada día de su vida, de acuerdo a las respuestas que den a los interrogantes y duros planteos, a que la vida nos enfrenta.

Entonces, podemos lograr una transformación interior que al principio ni siquiera soñábamos que podíamos lograr.

Renacer ofrece un camino positivo que tiene que ver con transformar el dolor, ese dolor tan increíble, transformarlo en amor, porque más fuerte que el dolor es el amor por el hijo.

Nosotros podemos sentir el dolor de su ausencia, pero mucho más fuerte que el dolor por la ausencia del hijo, es el amor hacia ese hijo.

El amor perdurará, el dolor va a pasar si sabemos canalizarlo.

Entonces, no todo termina cuando se va un hijo, más bien, muchas cosas comienzan cuando se va un hijo.

Es a través del sufrimiento que nos modelamos, como es a través del fuego que va haciendo su obra del orfebre.

Estamos en Renacer porque queremos aprender a vivir de una manera que incluya amorosamente a nuestros hijos, que recupere el recuerdo de nuestros hijos sin lágrimas, que podamos hablar de ellos sin lágrimas y que cuando nos toque partir no nos haya quedado nada sin hacer, no nos haya quedado amor por dar.

Si el resultado de la muerte de un hijo, es hacer una persona más solidaria, más compasiva, más receptiva al dolor y al sufrimiento de los demás, entonces, su muerte no habrá sido en vano.

Viernes 27 de noviembre de 2015

De una “dulce espera” a una “dulce nostalgia”

Se nos ha dicho en una entrevista televisiva: “Creo que lo más triste cuando se pierde un hijo es la pérdida total de la fe, el caer en ese pozo y decir: no creo más en nada y no quiero más nada... ¡se pierden todas las esperanzas!”

Nuestros hijos son esperanza, son esperanza desde el momento que son concebidos, por eso decimos “la dulce espera”, ¡qué esperanza tan grande!

Son esperanza de que tengan buena salud, luego esperamos su primer “ajó”, estamos esperando oír su primer “papá”, su primer “mamá”, estamos esperando que den sus primeros pasos, su gateo, siempre, siempre estamos esperando...

Cuando van a la Escuela, cuando van al Liceo y aún siendo grandes nosotros, como padres, también alimentamos esperanzas de que tengan un hogar feliz, que tengan buenos hijos, que tengan un buen ambiente en la familia, que tengan un buen ambiente en el trabajo, que progresen, es decir, los hijos son: ¡ESPERANZA!

Empero, un aciago día, la vida nos enfrenta a que esa esperanza se quiebra.

El mensaje de Renacer lo que hace es restituir esa esperanza, porque Renacer es, precisamente, un mensaje de esperanza, una esperanza distinta, una esperanza más sublime...

Cualquiera sea lo que nosotros creamos respecto a donde vamos a ir luego de nuestra muerte, cualquiera sea ese lugar, en función de las creencias que cada uno tenga, unos pueden creer una cosa, otros creer otra, por ser católicos, evangelistas, ateos, agnósticos, judíos o lo que fuere, a ese lugar que cada uno piensa que algún día llegará, después de la propia muerte, en ese lugar están nuestros hijos.

Nuestros hijos no están en el pasado, no están en aquel día fatídico que sufrieron el accidente, no están en aquel día en que una enfermedad los llevó, o en el día que los llevó un crimen o su propia decisión, no, no están ahí, están en el lugar a donde nosotros creemos que vamos a ir el día que partamos... entonces, están en nuestro futuro...

El mensaje de Renacer genera una esperanza, la esperanza de que nuestros hijos estén en otra dimensión, que no se extinguen y en esa dimensión es que nosotros los alojamos en nuestro corazón, y allí los sentimos.

El mensaje de Renacer nos da fuerza, nos da vitalidad y ganas de seguir viviendo.

Hemos escuchado a madres y a padres que han dicho: “yo me quería morir cuando murió nuestro hijo y ahora yo quiero seguir viviendo para poder homenajearlo, porque mi vida es lo único que tengo para poder homenajearlo”.

El verdadero homenaje para nuestros hijos es hacer el bien todos los días, a toda hora del día, de mañana, de tarde, de noche, permanentemente.

Si nos hacemos el propósito de hacer el bien en homenaje a nuestros hijos, tampoco vamos a hacer mal a nadie y entonces seremos más humanos, más solidarios, más productivos, dejando de ser aquellos seres que caminan dando lástima, inútiles para la sociedad, inútiles para la familia, para pasar a ser seres dignos para uno mismo, para los otros hijos, para el esposo o la esposa, para la familia, para los parientes, para los amigos y para la comunidad

El mensaje de Renacer nos ha demostrado que se puede vivir una vida feliz después de aceptar que ese hecho es un hecho del pasado inmodificable y de aceptar que lo único que podemos cambiar es nuestra propia actitud, y no los hechos del pasado.

Podemos dejar de vivir en el pasado y dejar renacer esa esperanza que se había quebrado el día que ellos partieron, entonces, vuelve a surgir una nueva esperanza.

Aquel día perdimos nuestra paz interna, se produjo una conmoción interna de todo nuestro ser y por el camino que nos muestra el mensaje de Renacer es posible recomponer aquella paz perdida y finalmente podemos decir que de la misma manera que nuestros hijos fueron, en su momento, causa de “la dulce espera” hoy son generadores de “una dulce nostalgia”.

Que este pensamiento presida la mesa familiar en las próximas celebraciones, es lo que enseña el mensaje de Renacer, aunque sea ésta la primera vez que levantemos una copa en homenaje a los hijos que partieron prematuramente.

Viernes 18 de diciembre de 2015

¿Somos prisioneros del destino?

Cuando una persona ha sido señalada por la vida merced a una crisis existencial u otra tragedia, una de las primeras preguntas que se plantea es ¿Por qué a mí? ¿qué es lo que he hecho para merecer semejante desgracia?

Esta pregunta conduce directamente a la relación del hombre con el destino.

Para el hombre egocéntrico que se considera a sí mismo el centro del universo, el destino no puede ser visto sino como una afrenta personal, frente a la cual no tendrá respuesta alguna, dado que, como dice Elisabeth Luka: "...sólo a partir del momento en que el mundo puede ser percibido independiente de las condiciones que prevalecen en el observador, puede ser comprendido y capacitado para responder a las preguntas planteadas por la vida, que aguardan ser realizadas por él."

Cuando una persona se acerca a un grupo de ayuda mutua lo primero que se hace evidente es que la pregunta ¿por qué a mí? debería ser reemplazada por otra: ¿Por qué a nosotros?, lo que debiera producir algún alivio sin necesidad de discurso previo, despojando a la persona del sentimiento, muchas veces vergonzante, de ser el único ser sufriente, el último y más despreciable ser del universo.

Sin embargo, es frecuente escuchar a los integrantes que se acercan por vez primera a una reunión grupal insistir, cuando se les concede la palabra, ¿Por qué a mí?, así como es frecuente escuchar, casi a coro, la respuesta: ¡Por qué no a ti! Con lo que estamos como al principio.

¿Cómo es, en realidad, ese destino que tanto nos ha herido en la vida? ¿Estamos indefensos ante él? ¿Tenemos algo que decir? ¿Estamos a merced de las circunstancias que la vida nos depara? ¿Participamos de ellas? ¿Podemos, en alguna medida, forjarlas y ser artífices de nuestro propio destino en el futuro?

Se abre aquí una interrogante de capital importancia:

¿Debe el hombre vivir ligado, continuamente, a un pasado impuesto, lleno de memorias dolorosas que son fuente de lamentos en el presente, o acaso tiene algún grado de libertad en su actitud a asumir?

Al respecto, Frankl nos dice: “Si se quiere definir al hombre, habría que definirlo como el ser que hasta puede liberarse de aquello que lo determina.”

El hombre puede elaborar, con la materia que la vida le brinda, unas veces creando y otras viviendo o padeciendo, pero si se esfuerza por cambiar su vida, es muy posible convertirla en valores, en valores de creación, de vivencia o de actitud.

El hecho de ver al destino bajo esta óptica, reivindica para nosotros, la capacidad de modificarlo, de hacer que no sea algo estático, mecánico, conceptualmente acabado e imposible de ser modificado, sino que sea, realmente, un producto de nuestra propia libertad, de nuestra responsabilidad ante la propia vida y de la manera en que la vamos a vivir.

Este concepto del destino, permite elegir que nuestras realizaciones sean dirigidas no hacia lo que recibimos “de”, sino hacia lo que nosotros damos al mundo, permitiendo, eventualmente, cambiarnos y cambiar el mundo.

Por ejemplo: si se pierde un hijo y se ve como una muerte injusta y a partir de ese hecho, se considera a su propio destino como una vida de sufrimiento, consecuencia de dicha pérdida, en ese instante ha renunciado no sólo a su libertad, sino a su autotranscendencia y como dice Rilke "El que no acepta de una vez con resolución, incluso con alegría, la dimensión terrible de la vida, nunca disfrutará de los poderes inefables de nuestra existencia, quedará marginado y, a la hora de la verdad, no estará vivo ni muerto.”

Si a partir de una circunstancia tan adversa y trágica se considerara, al destino como aquello que sale de mí, puedo, merced a mi actitud, no sólo dotarlo de sentido, transformándome en un nuevo y mejor ser humano, sino que puedo transformar una muerte inexplicable, otorgándole a mi hijo el papel de catalizador de mi transformación existencial, y convertir su muerte prematura en un supremo sacrificio, al que yo he elegido dotarlo de póstuma intencionalidad.

Aun en el caso que el hombre entienda al destino como aquello inesperado e indeseado que le afecta a él, las situaciones límites le ofrecen la oportunidad de lograr la pérdida de la angustia ante la posibilidad de tener que “elegir”, puesto que ya todo ha sido elegido.

Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos apreciar que aquello que llega al hombre desde el destino, a modo de algo que ya ha sido elegido, presenta en sí la capacidad de transformarse en una verdadera experiencia liberadora.

En la medida en que tanto la libertad como la responsabilidad son fenómenos que tienen su origen en la dimensión espiritual del hombre, podemos ver que el “destino” es un «llamado» al espíritu humano.

Esto no es una mera especulación teórica, dado que en los grupos de ayuda mutua, para padres que enfrentan la muerte de un hijo, muchos de ellos manifiestan haber perdido el miedo ante la muerte a partir de dicha pérdida. En esos casos es muy común escuchar: ¿Qué me queda por perder, si ya ni a la misma muerte le temo?

Para Heidegger el hombre puede escapar de la lamentable situación en la que se halla sumido, mediante un acto de libertad, que consiste en aceptar la realidad de la muerte, pues el hombre lleva una vida auténtica, cuando mantiene siempre ante sus ojos la realidad inevitable de la muerte.

El hombre auténtico, se atreve a desafiar la desnuda realidad del sufrimiento, y es precisamente a través de este valeroso y heroico enfrentamiento, que llega a darse cuenta que verdaderamente existe, se da cuenta que es un ser y no un ente.

Heidegger plantea el hecho de que el enfrentar la muerte y reconocerla como parte inevitable de la vida, lleva a la transformación del ente en el ser, es decir, hace que el hombre pueda ser.

El sufrimiento intenso, inevitable, ese sufrimiento que lleva en él la posibilidad de aniquilar al hombre, presenta también la capacidad de llevarlo a recorrer un camino existencial distinto, dado que puede hacer que seres humanos retrocedan a la categoría de entes al padecer un sufrimiento al que no han sabido encontrarle un sentido, como una frustración o un malograrse de la existencia humana, pero también puede hacer que otros seres que al haber perdido la angustia merced a una decisión que ya ha sido tomada por el destino, y utilizando esa libertad plenamente lleguen a adquirir un conocimiento del ser tan intenso, tan profundo que los lleve a un estado de iluminación, o de ampliación de la conciencia.

En algún momento de su sufrimiento el hombre reflexiona sobre el destino y es, entonces, donde la existencia de un grupo de ayuda mutua es de gran utilidad, pues en él puede verse reflejado en múltiples espejos y apreciar como algunos pares han sido capaces de forjarlo y convertirse en artífices de su destino, mientras otros sólo han podido doblegarse ante ese visitante indeseado que llegó sin que lo inviten y, una vez más, vemos que es el propio hombre doliente quien debe decidir el rol que juega el destino en su vida.

En última instancia, no podemos hablar del destino individual sino de cómo esto que le está sucediendo, comprende a cada individuo y, a su vez, comprende también a los seres que lo rodean, es decir, que aun con nuestra crisis existencial, e inmersos en esa confrontación con un destino que pareciera dominar nuestra vida por completo, continuamos, aunque no seamos conscientes de ello, abiertos a otros seres que siguen existiendo, seres que nos necesitan, que esperan algo de nosotros y esto nos recuerda las palabras de Nietzsche: “El que tiene un porqué vivir, siempre encuentra el cómo hacerlo.”

Viernes 29 de enero de 2016

En busca de la razón de ser en el mundo

-En homenaje a Ana con quien compartí esta búsqueda-

(Permítaseme hoy bucear en mi propio aljibe.)

Mi niñez estuvo poblada por el canto de los pájaros, el revolotear de la golondrina, el color de la lluvia, el rugir del follaje, el verde de los campos, el titilar de las estrellas, la caricia de la brisa y el perfume de las flores, que rodearon a mis sueños juveniles, allá en el valle del Aiguá,

Desde muy niño, busqué una razón de ser para mi existencia.

Podría decir que mi vida estuvo colmada de esta búsqueda.

Hoy, al crepúsculo de mi vida, me pregunto ¿qué fueron de aquellos sueños juveniles?

Y una voz me dice "vuélvete al pasado y vierte sobre las enmohecidas páginas del olvido la luz vívida del recuerdo..."

Entonces, miré hacia atrás e intenté seguir mis propias huellas en la búsqueda de la Razón de ser en el mundo.

Mi pensamiento voló a los jardines de mi niñez y adolescencia...

En el principio era el caos.

Mi madre quería que yo fuera sacerdote...

* * *

A los diez años, internado en un colegio, me mostraron el infierno, para que me arrodillara ante una negra sombra que estorbaba mi camino...

Arrodillado ante esa sombra, mi corazón de niño sangraba pecados desconocidos.

A los 14 años, cierto día el Cura Montero, profesor de literatura, se presentó y nos dijo que ese día en clase, hiciéramos una redacción cuyo título era “Agua Turbia”.

Mi redacción fue la siguiente:

“Una noche soñé...

Soñé que iba por floridos vergeles, soñé que corría libre por el campo abierto sembrado de verde; soñé con el perfume de todas las flores; soñé con la caricia de sus pétalos... y, en mi sueño, llegué hasta el borde de las cristalinas aguas de un estaque.

En el espejo del agua, la luna reflejó su disco de plata, junto a mi rostro más oscuro, ofuscado, tomé del barro de la orilla y se lo lancé a la luna... ella se rompió en mil pedazos y mi figura tembló, fantasmal, en el agua turbia...

Entonces le grité:

¡Eres agua turbia!

Ya serena, el agua me contestó:

Tú, con tu acción, enturbiaste mi calma y agitaste el espejo de mi alma, rompiendo en mil pedazos la paz de los astros.

Entonces, en silencio, miré hacia dentro de mí y una voz me dijo:

-Los fantasmas no vienen del infierno...

- ¿Dónde están?, pregunté.

- En tus acciones; ellas son la causa que, oculta a tus ojos, espera latente para manifestarse en tu vida, ahí está el infierno, dentro de ti mismo.

¡Nunca enturbies el agua de tu estanque!

Al despertar, sentí que todo el universo estaba en mí; me había revelado un secreto...

Lo guardaré por siempre, me dije”.

A la clase siguiente el cura entregó a cada uno su redacción con la calificación correspondiente y al pie de mi redacción, sin calificación alguna, figuraba este hiriente y lacónico comentario: ¿de dónde lo copió?

Ese día sentí las estatuas suspendidas en el aire, cayendo sobre mí y hui despavorido, le envié una nota al director del colegio cura Francisco Fernández, sin comentario alguno, diciéndole de mi intención de irme del colegio.

* * *

Entonces, volví a la sombra del viejo tala de mis sueños y entre los dulces frutos de su follaje me dejó ver el cielo poblado de blancas nubes que, como rebaño, pacían en un fondo azul y busqué en la naturaleza... sentí que podría encontrar la respuesta lejos de mí... en la inmensidad...

Y una tarde de verano, cuando el sol ya cerca del horizonte, anunciaba el crepúsculo, yo estaba absorto en la contemplación de la naturaleza... y soñé despierto junto al naranjo.

Distintos matices de verde rodeaban mi sueño...

Soñé un sueño inverosímil.

Imaginé que un rayo de luz iluminaría mi mente y encontraría una filosofía de vida, entonces, sentí una gran fuerza que venía de adentro de mí mismo...

Y soñaba... soñaba que, a partir de entonces, ese pensamiento podría iluminar las mentes de los demás.

Primero unos pocos... luego más, más y más... y recorrería el mundo librando a la humanidad de las cadenas, en que la ignorancia la tenía sumida...

Y mientras el transparente y el naranja se oscurecían, opacados por la noche, recortando sus siluetas en el rosado pálido con que el crepúsculo pintaba el cielo, yo sentí el frío de la brisa, como si la gloria besara mi frente...

Fue, desde entonces, que busqué una nueva filosofía de vida, pues todas las que conocía coartaban mi libertad, y quedó grabado en mi mente el pensamiento de Kant, que estamos en este mundo para evolucionar y ayudar a evolucionar a nuestros semejantes.

* * *

Fue la lectura de libros lo que acunó mis sueños, lo cual cambió mi vida para siempre.

La lectura de el “Don Juan” de Lord Byron, la figura fantasmal del monje loco, la frescura de la poesía de Moratín y “El sí de las niñas”, luego a las riveras de mi corazón, llegó Delmira Agustini y su poema “Lo Inefable” que ha dejado en mí una profunda huella, tan es así que 40 años después me sorprendí al recordarlo de memoria sin haberlo repasado en tanto tiempo.

Dice así:

Yo muero extrañamente... No me mata la vida,
no me mata la muerte, no me mata el amor;
muero de un pensamiento mudo como una herida...

¿No habéis sentido nunca el extraño dolor
de un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida,
devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?

¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
que os abrazaba enteros y no daba un fulgor?

¡Cumbre de los martirios!... ¡Llevar eternamente,
desgarradora y árida, la trágica simiente
clavada en las entrañas como un diente feroz!...

Pero arrancarla un día, en una flor que abriera
milagrosa, inviolable... ¡Ah más grande no fuera
tener entre las manos la cabeza de Dios!

También quedaron en mí, impresas para siempre, las palabras de Santa Teresa de Jesús dirigidas a su Dios:

“No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera.”

También tuvo su influencia en mí Dale Carnegie con un título muy sugestivo, algo así “Cómo ganar amigos y agradar a los demás”, que seguramente fue quien implantó esa falsa sonrisa que emerge de los labios de todas las promotoras que uno encuentra en los supermercados, pero que a mí me hizo ver la importancia del “otro” y cuánto se obtiene con un simple sí.

Concomitantemente a nuestro padre, por una inspiración aparentemente inexplicable, se le ocurrió comprar una colección de veinte tomos titulada “Grandes Novelas de la Literatura Universal”. Estimo hoy que esto se debió a algo que siempre

nos dijo nuestra madre desde muy niños “no les compraremos juguetes, pero nunca dejaremos de comprarles lo que necesiten para estudiar”.

Y siempre fue así, los juguetes de nuestra niñez fueron los que nosotros mismos, con ayuda de nuestros padres, nos podíamos fabricar, pero nunca nos faltó un libro, cualquiera fuera el que necesitáramos

En la “Grandes Novelas de la Literatura Universal” estaban reunidos allí Víctor Hugo, Emilio Zolá, Nikolai V. Gógol, Anatole France, León Tolstoi, Henrik Ibsen, Molière, Shakespeare, Cervantes, Fedor Dostoievsky; Chejov, Flaubert y quizá alguno que hoy no recuerde.

Seguramente, al decir de Don Bosco, cada uno dejó algo en lo profundo de mi conciencia...

Ellos me visitaban en las noches; allí estuvieron Los Hermanos Kramazov... Las Almas Muertas... Gógol, Missard buscando un tesoro escondido... el Avaro de Moliere... el rugir de la locomotora en La Bestia Humana, lanzada sin maquinista a un viaje sin fin en la noche sin destino... Sancho Panza y el Quijote... y no faltaron a la cita ni Naná ni Safo...

Cuando hoy recuerdo mi inclinación por a lectura, no estoy seguro que haya sido yo quien lo decidiera y encuentro en Elisabeth Kübler Ross la respuesta, cuando dice: “Las casualidades no existen, sólo las manipulaciones divinas.”

* * *

Con el corazón inflamado y la mente llena de ilusiones, al término de los cuatro años de Liceo, llegué a Montevideo para los cursos preparatorios al ingreso a facultad, por entonces, mis lecturas fueron de otra naturaleza

Pasó el tiempo... y cuando el verano de 1954 moría, una mano invisible puso a Ana en mi camino.

Era carnaval y el club de barrio “San Lorenzo” había instalado, justo frente mi casa, un escenario a donde concurrían conjuntos a cantar.

Yo estudiaba para un examen y la música y cantos me molestaban para concentrarme, entonces, cuando venía un conjunto, dejaba mi estudio y salía a la vereda

donde mi madre había puesto unas sillas sacadas del comedor para ver cómodamente las actuaciones.

Fue allí que vi por primera vez a Ana, Ana Zaida, ella era orgullosa de su segundo nombre, entonces, estaba hablando animadamente con mi madre.

Sus ojos, su cara, su pelo, los gestos de sus manos, la expresión de su rostro, su porte, pero particularmente, los gestos de sus manos al hablar me llamaron la atención.

Yo no sabía quién era y mi madre me dijo que había venido a acompañar a su hermano menor, que la conocía del barrio pero no sabía su nombre.

Esa noche cuando se retiró, intenté seguir sus pasos para ver donde vivía; la busqué calle arriba, calle abajo, pero no la encontré, sin embargo en mi mente siguieron sus ojos... su cara... su pelo... los gestos de sus manos... la expresión de su rostro... su porte...su andar...

A los pocos días volví a verla y al mirarla, sus labios esbozaron una sonrisa respondiendo a mi sonrisa...

Ella ya sabía quién era yo... entonces, acercándome le dije: “quisiera decirle algo que usted ya sabe...”

El tiempo se detuvo...olviendo a rosas y jazmines, a violetas y madreselvas...el perfume de todas las flores emanó de su cuerpo... y en su boca la dulzura de la miel...

La noche profunda, poblada de estrellas, quedó en silencio...

La luna tras el follaje iluminó nuestro encuentro... con los colores del arcoíris...

La brisa jugaba en su pelo...sus ojos brillaban como diamantes...

Fue un instante fugaz... un hálito de amor, uniendo nuestros caminos en busca de la razón de ser en este mundo, ella con 20años, yo con 24.

Dice Milán Kundera: “Si el amor debe ser inolvidable, las casualidades deben volar hacia él desde el primer momento, como los pájaros hacia los hombros de San Francisco de Asís.”

Pronto entre los consabidos obsequios de cumpleaños y aniversarios, anillos, medallas, dijes, flores, perfumes y otros regalos ¿qué hubo? LIBROS, sí, libros prolijamente encuadernados de la editorial “Aguilar”, entre ellos las obras completas de la poetiza Juana de Ibarbourou,, obras poéticas completas de Ramón de Campoamor, las obras completas de Gustavo Adolfo Bécquer, narraciones completas de Edgard Allan Poe, las obras de George Bernard Shaw Pigmalión y Santa Juana...

A su vez mi biblioteca se llenaba, libros serios unos y frívolos otros, entre ellos “El Matrimonio Perfecto” de no sé que autor, que decía que la verdadera felicidad consiste en procurar la felicidad del ser amado, que coincide con lo dicho por Savater, al decir que el amor consiste en "querer ser la causa de la alegría del otro".

Al fin... el título y enseguida el hogar formado con Ana, cuando yo frisaba los 30 años.

* * *

El 31 de julio de 1959, el día de sus 26 años, nos unimos en matrimonio, con la sensación de que ni aún la muerte nos separaría ...

Fue un hálito de amor con destello de eternidad.

¡Qué felices vivimos los dos!

¡Qué sueño tan dulce, tu hijo... nuestro hijo Enriquito...

Lo tomabas en tus brazos, haciendo nido en tu regazo...

Sus manos morenas, de uñas brillantes reposaban en tu seno...

No querías que la vida lo hiriera...

No querías que un día se fuera...

En el nido de tus brazos cualavecilla dormía...

¡Qué felicidad sería tener el nido repleto!

Y volvió el nido a poblarse con dosavecillas pequeñas...

Ya eran tres las que lograban tus sueños...

Con el olivo en su pico, una paloma llegó...

Y así el nido completo quedó.

La vida hogareña, junto a nuestros hijos, transcurrió con las alternativas propias a la vida misma, con la dulce voz de Ana, su sonrisa... su manera suave de decir... la expresión de su rostro... su porte...su andar... y los gestos de sus manos al hablar... aquellos gestos de sus manos del primer día, queme impulsaron una vez a escribirle:

Tus manos

¡Qué cálidas son tus manos, haciendo arabescos en el aire!

Cuando rozas mis manos...

Cuando tocas mi pelo... mis sienes...

Cuando aprietas tu pecho á mi pecho...

Cuando acarician, ya lánguido, mi cuerpo...

¡Qué tiernas son tus manos haciendo arabescos en el aire!

Cuando alzas a nuestro hijo...

Cuando haces cuna en tus brazos...

Cuando acaricias su piel y sus rizos...

Cuando acercas su boca a tu pecho...

¡Que generosas son tus manos haciendo arabescos en el aire!

Cuando partes el pan...

Cuando cultivas la flor...

Cuando repartes el fruto...

Cuando con ellas das la vida...

¿Qué embrujo tienen tus manos haciendo arabescos en el aire?

No éramos iguales, sin embargo, la gente no podía creerle cuando Ana decía que nunca nos habíamos peleado, que nunca estuvimos ni un minuto disgustados o sin hablarnos ni nunca decirnos adjetivos, epítetos o palabras hirientes y agregaba “yo me volvería casar con Enrique”

También en el hogar estuvieron los libros, los ya acumulados y, de a poco, casi toda la serie de la Editorial Sopena con los más diversos temas entre ellos “Discurso del Método” de Descartes, “Critica de la Razón Pura”, de Emanuel Kant, todas la novelas de Zolá, en fin, León Tolstoy, Flaubert, Oscar Wilde, etc. más de 100 títulos.

De Emanuel Kant quedó en mi mente que la razón de nuestra existencia en el mundo, es evolucionar y ayudar a evolucionar a los semejantes, concepto recibido en las clases de filosofía del cura Basil en mi pueblo natal.

* * *

En el año 1968 nos asaltó la gran preocupación consistente en decidir a qué escuela orientar a los chicos y, nuevamente, “casualmente”, cierto día, estando en estas cavilaciones, mientras esperábamos en la antesala de un consultorio médico, un compañero del Banco estaba junto a su padre para la consulta con el mismo médico que Ana, aprovechando que ese día había paro en el gremio bancario y como los bancos estaban cerrados, de la misma manera que yo acompañaba a Ana, él acompañaba a su padre.

Cuando entramos en conversación él nos presentó a su padre Don Juan Moreno quien estaba leyendo un libro y yo no pude resistir a la tentación de preguntarle de qué se trataba ese libro cuyo título había espiado: “Curso de Iniciación Logosófica”

Moreno nos explicó que se trataba de una escuela filosófica creada por un señor Carlos Bernardo González Pecotche que postulaba un método por el cual el ser humano, en vez de evolucionar lenta e inconscientemente, podía hacerlo mediante una evolución consciente y nos explicó que había grupos de estudio y una escuela primaria.

Al oír “Escuela Primaria” en nuestra mente sonó el timbre de nuestras cavilaciones.

¿Por qué no averiguamos más sobre esa escuela?

Así lo hicimos y al entrar en su edificio se leía “Fundación Logosófica en Pro de la Superación Humana”.

Además del ya referido “Curso de Iniciación Logosófica” la bibliografía que se nos ofrecía era abundante: “El mecanismo de la vida consciente”, “Logosofía, Ciencia y Método”, “Deficiencias y Propensiones del Ser Humano”, “El Espíritu”, “La Herencia de Sí mismo” y un conjunto de Conferencia de González Pecotche.

Siempre me acompañó, entre otras, una frase de González Pecotche, guardada en mi memoria: “Toda enseñanza moral, no abalada por el ejemplo, obra en el alma de quien la recibe, en sentido contrario”.

Repasando “las casualidades” que nos llevaron a elegir la Escuela Logosófica para nuestros hijos, recuerdo lo que dice Milan Kundera en la “Insoportable Levedad del Ser”:

"Un acontecimiento es tanto más significativo y privilegiado cuantas más casualidades sean necesarias para producirlo.”, concepto clarificado por Elisabeth Kübler Ross en “Lecciones de Vida”, al decir “Las casualidades no existen, sólo son manipulaciones divinas.”

Estos libros llenaron un espacio de nuestras vidas.

Por entonces se cruzaron en mi camino el referido Milan Kundera, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Leo Buscaglia, Jean Francois Revel con su libro “El Conocimiento Inútil”, José Enrique Rodó con sus “Motivos de Proteo” y sus “Parábolas”, Kalil Gibrán, Antoine de Saint Exupéry, con “El Principito”, “El Diario de Ana Frank, Dominique Lapierre y Larry Collins con ” Esta noche la libertad” y “El Quinto Jinete”, “La Magia del Poder Psicotrónico” de Rober B. Stone, Alvin Toffler con “La Tercera Ola” y algunos libros conteniendo cuentos cortos.

Los últimos años de este período estuvieron empañados por la enfermedad que acosó a nuestro hijo Enriquito.

* * *

Corría el año 1984 cuando Enriquito, nuestro hijo mayor, fue afectado por un rayo que turbó su mente

De su mano recorrimos todos los senderos en busca de la luz para su mente, nos detuvimos en cada estación... en cada piedra del camino... golpeamos todas las puertas... tocamos todos los timbres.

Los fantasmas rondaban su mente y mi mente.

A cada instante lo leía en sus ojos que, profundos y tristes, me miraban como pidiendo permiso y perdón a la vez... para irse de nuestro lado...

Yo siempre le negué el permiso, pero no le negaría jamás el perdón.

Mi corazón ya lo había hecho.

Luego de 9 años de tanto andar, acuciado por la idea del suicidio, Enriquito comenzó a asistir a un centro de estudios de filosofía oriental, que hablaba sobre la fuerza vital cósmica, gobernando armoniosamente las funciones de la vida, sobre el sentido de la compasión y otras cuestiones filosóficas relativas a la vida.

Un concepto de "un dios sin estatuas", como la fuerza que subyace en el orden Universal en armonía con la esencia cósmica del individuo, capaz de liberarlo del sufrimiento inherente al cuerpo que lo liga transitoriamente a la tierra, a través de las leyes universales, que son la verdad contenida en los fenómenos derivados de la esencia del universo, como causa y sostén de todo cuanto existe.

Y un concepto del amor, arraigado en el espíritu del ser humano, propiciando el mutuo acercamiento como una forma de vivir en el más alto grado de empatía, capaz de despertar un amor sin condiciones, hacia todo lo que nos rodea.

Pero, ese "dios sin estatuas" al que los hombres luego le levantaron estatuas y templos llenos de ritos, no evitó en nuestro hijo, la trágica decisión del suicidio, sin embargo, nos iluminó en la búsqueda de la razón de ser en el mundo.

* * *

El 16 de diciembre de 1993, a los noventa días de la partida de Enriquito yo escribí:

“¿Qué fue de aquel sueño a ojos abiertos, en aquella tarde de verano?

Aún hoy siento la brisa besar mi frente; huelo los azahares del naranjo; veo el verde del transparente y teñirse la tarde de rosa despidiendo al sol y... tengo la sensación de su presencia en mí.

Muchas veces, a lo largo de mi vida, he sentido esa presencia como indicándome el camino a seguir.

Nunca encontré el camino que en mis sueños juveniles busqué fuera de mí.

Luego, buscando dentro de mí, encontré un largo camino, lleno de obstáculos, sembrado de dificultades.

A su vera, sin embargo, disfruté, alguna vez, de la fresca sombra y también de algún fruto, mientras veía que otros, con los pies ensangrentados y a veces también las manos, corrían para llegar primeros, a no se sabe dónde, ni en busca de qué...

Hoy, luego de mucho andar, ya no busco una filosofía normativa; todas las que hasta hoy conocí, son esclavizantes de la dignidad humana.

El mayor valor que tiene el hombre es su libertad...

También lo es para elegir el camino en su vida.

Muchas veces tuve la sensación de que no era yo quien elegía... quizá mi invisible acompañante fue más inteligente que yo..."

* * *

Enriquito se fue dejándonos el dolor de su trágica partida, y un legado para nuestra búsqueda de la razón de ser en el mundo, que se orientó indagar sobre la muerte, en procura de un camino que nos permitiera penetrar en ese misterioso ámbito

Por su intermedio nos había llegado la noticia de la existencia de una organización de origen japonés, radicada en nuestro país con la designación de "Sociedad para el Desarrollo de los Valores Humanos" bajo la dirección del filósofo Daisaku Ikeda.

El primero de sus libros con el que tomamos contacto fue "La Vida un Enigma", luego vinieron otros libros de Daisaku Ikeda que nutrieron nuestra vida "La noche anuncia la aurora", "Escoge la Vida"

Dice Ikeda que todos somos los constructores de nuestro propio destino que todos nacemos con una tendencia a la compasión, aunque rara vez nos damos cuenta de ello hasta que se presenta una ocasión especial.

Si uno rompe su propio cascarón y sale a actuar en bien de los demás, su vida se renueva con vibrante vitalidad.

El ser altruista, luchando por ayudar a otros es, en sí, un ataque frontal al yo egoísta.

Hacer el bien es el mejor modo de mejorar el propio carácter y encontrar una mayor felicidad.

Al ayudar a otros, el ser se modifica a sí mismo, pues al hacer el bien suprime el egoísmo latente en él.

De esta manera, intuimos la presencia espiritual de nuestro hijo conduciéndonos hacia la búsqueda de ese estado de altruismo descrito por Ikeda, pero nos preguntábamos ¿cómo llevarlo a la práctica? ¿en qué ámbito? ¿de qué manera? ¿Cómo hacer para ejercitar el altruismo?

¿Dónde está ese “otro” que ayudar?

El camino propuesto por Ikeda es la adhesión a una institución plagada de ritos e invocaciones, sujeta a una estructura que constriñe la libertad.

¡Jamás renunciaríamos a nuestra libertad!

* * *

Nuestra búsqueda no tenía fin, durante dos años, de la mano de Ana, llenos de dolor, golpeamos puertas que se cerraban, que empero, no lograron borrar el amor a nuestro hijo ausente.

Hasta que un venturoso día, el último día de octubre de 1995, encontramos en Renacer el ámbito del amor y el altruismo que se manifiesta en la fuerza indómita del espíritu, en el plano más íntimo de la vida, que engendra el amor incondicional y la libertad interna, como la capacidad de asumir, desde lo más profundo del ser, una

actitud positiva frente a aquellos hechos que la vida nos depara y que no podemos modificar.

A través de Víctor Frankl, Elisabeth Kübler Roos, Elisabeth Luka con sus libros “El hombre en busca de sentido”, “La muerte un Amanecer” – “La Rueda de la Vida” y “Psicología espiritual”, pasando por Brian Weiss, Deepak Chopra e innumerables reflexiones de Alicia y Gustavo Berti, - hasta hoy en “Cuando la Palabra Calla”- descubrimos que en el Mensaje de Renacer estaba la filosofía de vida, objeto de nuestra búsqueda.

Renacer es trascender ayudando a “otro” semejante, como lo ha expresado Víctor Frankl al decir: “El hombre que se levanta por encima de su dolor para ayudar a un hermano que sufre, trasciende como ser humano” en Renacer se encuentra ese “otro”, aquel padre o madre que, como nosotros, han perdido un hijo.

Y siempre habrá “otro” ser que exista y necesite algo de nosotros.

* * *

Por entonces, les era imposible a los integrantes de los grupos tener, de primera mano, los conceptos de Renacer, por carecer de una fuente accesible, como existe hoy.

Los conceptos de Renacer estaban dispersos en publicaciones, escritos originales de los primeros tiempos, encuentros y publicaciones diversas, de sus iniciadores, Alicia y Gustavo Berti, que llegaron a nuestro conocimiento, partiendo de una vieja carpeta que obraba en “Renacer Montevideo”, además, fueron engrosando el caudal de nuestra información, las grabaciones de los distintos encuentros realizados, a algunos de los cuales pudimos asistir con Ana.

Recordando aquella afirmación de Kant de que la razón de nuestra existencia en el mundo, es evolucionar y ayudar a evolucionar a los semejantes, buscamos con Ana la manera de difundir el pensamiento de Renacer a través de la palabra de sus iniciadores, Alicia y Gustavo Berti, de quienes aprendimos que, aún con nuestra crisis existencial, e inmersos en esa confrontación con un destino que pareciera dominar nuestra vida por completo, continuábamos abiertos a otros seres que siguen existiendo y esperan algo de nosotros.

Fue así, que el 4 de noviembre de 2004 iniciamos la serie mensual denominada “LA PALABRA DE ALICIA Y GUSTAVO BERTI”, con un artículo titulado: Una puerta abierta a la verdad y a la libertad, enviado a 90 direcciones que por entonces teníamos.

Al principio, con el estímulo recibido de los iniciadores de Renacer y luego, a partir de 2007 integrando artículos bajo sus propias firmas, en cuyos contenidos, fueron incluidas solo sus palabras sin cambio alguno de sus conceptos hasta los primeros meses de 2014.

Cuando Ana terminó este ciclo de su vida, con el salto cósmico que la llevó junto a Enriqueito, Susana, una madre que conocimos en un encuentro en Huerta Grande, expresó: “Juntos eran un bálsamo para mi corazón”

Culminaron así 60 años, en que, con mi querida dulce Ana, compartimos la búsqueda, de la razón de ser en el mundo, que finalmente, encontramos a través del amor incondicional, que despertó en nosotros el Mensaje de Renacer, determinando que empezáramos a difundir los conceptos contenidos en la esencia de Renacer.

Junto a Ana nuestros corazones han estado llenos de gratitud a Alicia, a Gustavo, a Nicolás y a todos los que nos ayudaron a encontrarle sentido a nuestra búsqueda.

* * *

Luego, en agosto de 2014 alentados por la generosa sugerencia expresada por Gustavo Berti, en una comunicación personal expresando “puedes seguir publicando con tus palabras lo que tu desees.” comenzó la serie “Buceando en el aljibe” como una eiségesis del mensaje de Renacer con la colaboración de nuestra hija Ana Doris.

Entonces, recordé aquel sueño en una tarde de verano, junto al naranjo, aquel sueño inverosímil, imaginando que un rayo de luz iluminaría mi mente y encontraría una nueva filosofía de vida y soñaba que, a partir de entonces, esa nueva filosofía podría iluminar las mentes de los demás, recorriendo el mundo para librar a la humanidad de las cadenas, en que la ignorancia la tenía sumida...

También ha sido el Mensaje de Renacer que ha hecho posible que hoy, 18 de febrero, al cumplir 86 años, esté escribiendo, antes que sea tarde, mi testimonio: “En busca de la razón de ser en el mundo”, como lo soñé aquel verano, junto al naranjo, cuando sentí el frío de la brisa, como si la gloria besara mi frente...

Gracias por permitirme bucear hoy en mi propio aljibe.

Enrique, con el recuerdo más dulce que pueda existir para Enriquito y mi querida dulce Ana, junto a Ulises y Anita.

18 de febrero de 2016

Amor incondicional

La crisis existencial que se manifiesta, luego de la pérdida de un hijo, ha sido descrita como un estado desconocido en el que se produce un verdadero aislamiento existencial, en el que desaparece el mundo circundante que rodea al ser sufriente y no solo desaparece su significado, sino que desaparece el mundo mismo y es posible experimentar la nada, en su plenitud, como una puesta entre paréntesis del mundo que lo rodea y se rompen los puentes de comunicación con los demás.

Cabría preguntar ¿En estas condiciones es posible pensar que se pueda sustituir el dolor que esto provoca, por el amor incondicional al hijo que partió?

Víctor Frankl sostiene que ante una profunda señal de alerta implícita en una crisis tal, el hombre, si responde a su intuición, llega a saber, por encima de toda lógica, que la salida existencial no la encontrará sumiéndose en el pasado.

El hombre puede aceptar su destino y todo el sufrimiento que éste conlleva, según la forma en que cargue con su cruz.

Incluso bajo las circunstancias más difíciles, puede darle muchas oportunidades a su destino, para añadir a su vida un sentido más profundo.

La salida siempre estará por delante suyo, en lo que aún queda por realizar de ese futuro, en el que yacen las posibilidades aún no realizadas y puede darse cuenta que la única manera de eliminar la oscuridad es dejando entrar la luz, la misma que derrama sobre nosotros el Mensaje de Renacer, desde hace 27 años.

Así lo expresan hoy sus iniciadores en “Donde la palabra calla”: “Cuando un hijo nace, conocemos una nueva clase de amor, un amor que no conocíamos.

Cuando muere un hijo nos enfrentamos a algo desconocido, un dolor nuevo y también un amor nuevo, el amor incondicional que sentimos por nuestros hijos, el que no necesita la presencia ni el contacto físico, para ser, crecer y expandirse.”

Así lo expresaron, desde el principio, Alicia y Gustavo Berti, al decir: “Cuando nosotros comenzamos esta tarea, intuíamos que para continuar con una vida plena

después de haber perdido un hijo, era necesario que fuésemos capaces de pensar o imaginar algo, una luz, en nuestro futuro que tuviese el mismo significado, el mismo valor que ese hijo, de lo contrario sabíamos, y esto ya con certeza, que nuestra vida sería distinta, de menor calidad, ensombrecida por la posibilidad de un lamento pertinaz, de una victimización, enfrentados al miedo y la desesperanza de un futuro opaco y vacío

Esa luz para el camino, que por entonces éramos capaces de imaginar, tenía que ser una luz que brillara con intensidad propia, que tuviese vida propia, una luz que fuera objetiva, un valor tan importante que nos convocara a levantarnos por encima de nuestro dolor y decirle sí a la vida.

Esa luz debía ser lo suficientemente poderosa como para abrirse paso entre la maraña de emociones y sentimientos negativos que dominan ese tiempo.

Esa luz tendría que estar en el mundo, fuera de nosotros pero a la vez cubriéndonos, protegiéndonos, alimentándonos, y la única luz que nos protege y nos alimenta y en la cual podemos vivir en plenitud es la luz del amor incondicional, el mismo amor que sentimos por nuestros hijos, ya sea que estén de este o del otro lado de la vida.

Esa capacidad del amor incondicional para abrirse paso entre la maraña de sentimientos y emociones negativas propias de los períodos iniciales, tenaces e insistentes, capaces de perpetuarse si les damos permiso, nos llevó, por su propio peso, a diferenciar entre el amor y nuestros sentimientos.

Si bien al principio nos faltaban las palabras para explicar esta intuición, con el tiempo nos fueron muy útiles los conceptos de Martín Buber sobre el amor cuando dice que, mientras los sentimientos y emociones habitan en el hombre, el hombre habita en el amor.

Así, de esta manera comenzamos a trabajar, ayudando a otros padres que habían perdido hijos, llevándole a ellos una palabra de esperanza y tratando que ellos también pudieran ver la pequeña luz al final del túnel, haciéndolo en nombre del amor que sentíamos por Nicolás y que, por cierto, no había muerto con su partida.

Por eso podemos decir, sin ninguna duda, que Renacer nació como una obra de ese amor en el que todos habitamos.

Este mensaje fue muy difícil de transmitir al principio.

Nuestra cultura indicaba que lo acostumbrado era trabajar con las emociones y sentimientos y así, cuando nos encontrábamos con padres cuyos hijos habían sido víctimas de hechos violentos y les decíamos que Renacer era un mensaje de amor y que, en nombre de nuestros hijos sólo tenía sentido devolver una obra de amor a la vida, esos mismos padres nos miraban con desconfianza y en ocasiones hasta con desagrado, y nos hablaban, una y mil veces, sobre su emociones y sentimientos.

A pesar de todas estas dificultades iniciales, continuamos mostrando a Renacer como un mensaje de amor y sosteníamos que, para ver y mostrar a otros padres a Renacer como una obra de amor, no era necesario hacer catarsis en las reuniones.

Decíamos, por entonces, que se podía ver a Renacer de varias maneras, entre ellas como un lugar a donde íbamos a que alguien pusiera un brazo en nuestros hombros y nos dijera “pobre, yo sé lo que se siente, yo pasé por lo mismo” y eso era importante, pero no alcanzaba... también, les decíamos, pueden ver a Renacer como un lugar donde van a dar algo de ustedes en memoria y en homenaje a ese hijo que partió; luego preguntábamos a los padres como preferían ver a Renacer y la inmensa mayoría respondía que les agradaba más verlo como un lugar a donde iban a dar algo de ellos en homenaje a sus hijos.

Luego venía la pregunta obligada: “¿Qué van a dar en homenaje a ese hijo? ¿Llanto, dolor, desesperación, bronca, odio, deseo de venganza? ¿O preferían dar amor, ese mismo amor que sentían por sus hijos?”

Al decidir llevar a otros padres y a la vida misma, el mensaje de amor que nuestros hijos nos han legado, debemos hacerlo con entereza, con dignidad pues esto es lo que la vida y nuestros familiares esperan de nosotros; no que nos disolvamos en un mar de lamentos, reproches de victimizados o conductas nihilistas.

No, no es esto, sino una actitud mesurada y, por qué no, optimista, basada en una “fe absoluta”, que refleja la fe, no en algo o alguien, sino como una manera de ser del hombre, una forma de relacionarse con la realidad caracterizada por coraje, aceptación del destino y compromiso total con la obra a realizar porque el hombre no es lo que recibe de la vida, sino que hombre es lo decide devolver a ella.”

Esto es Renacer y éste es el compromiso que debemos asumir hoy para los veinticinco, cincuenta, cien y más años, para que esta luz iniciada el 5 de diciembre de

1988 brille eternamente, signo del despertar de la semilla de una revolución cultural, bajo la esencia íntima del amor incondicional, para una humanidad tan necesitada de amor.

Viernes 18 de marzo de 2016

En busca de una nueva actitud

Todos vamos a Renacer, porque no queremos seguir viviendo de la manera como lo estábamos haciendo, en busca de una nueva actitud y lo hacemos con la habitual duda que despierta estar frente a personas desconocidas para nosotros.

Todo cambio asusta y más aún, un cambio existencial.

Al llegar... ¡Cuántos rostros serenos!

Renacer da las herramientas para ese cambio que, sólo puede hacerse en la más absoluta soledad existencial.

Allí descubrimos que cada uno tiene la libertad de encarar la partida de un hijo según su propia actitud y responsabilidad.

No se imponen valores; Renacer acompaña a los papás y a las mamás hasta que cada uno comprenda que vivir su vida tal como le es dada, es su propia responsabilidad.

De acuerdo a la experiencia en Renacer, no hay que apresurarse a cerrar un juicio sobre su mensaje hasta no formarse una idea acabada del mismo, luego de varias reuniones, pero Renacer no es un Ghetto, porque nadie está obligado a permanecer.

De esta manera, la esencia de Renacer se va captando de a poco, cuyos primeros frutos resultan de enunciados tan claros, como posibles herramientas para salir del pozo en que nos encontramos.

La “partida” de un hijo es un hecho que no podemos cambiar, está en el pasado de nuestra vida, lo que sí podemos cambiar es nuestra actitud frente a este hecho ya consumado.

De nada sirve preguntarse ¿por qué a él? ¿por qué a nosotros? no vale la pena perder tiempo en preguntas que no tienen respuesta y turban nuestra mente y nos hacen perder el sueño.

Tampoco... si yo hubiera... o si yo no hubiera... pues, si lo que pasó no se puede cambiar, de nada sirve especular con situaciones hipotéticas, que sólo aumentan la angustia, o hacen aparecer una culpa inexistente.

Tampoco la búsqueda de culpables reales o supuestos ¿para qué? ¿para vengarse? ¿acaso nos devolverán a nuestros hijos?

Es natural estar triste, es natural extrañar, pero no esa desesperación, no ese desasosiego interior que no puedo estar ni conmigo mismo “ni dentro de mí misma”, como dice Alicia Berti, “sintiéndome una extranjera dentro de mi propio cuerpo”, eso es lo que no puede ser.

Es posible elevarse, como dice Víctor Frankl, en “las alas indómitas del espíritu”, elevarse por encima de lo que nos está pasando, por amor a ese ser tan amado y a los que quedan.”

Se aprende el difícil acto de dar permiso al hijo para que siga su propio camino.

Paulatinamente, se va comprendiendo que nuestro camino está en la Ayuda Mutua en busca de recuperar la paz interna que perdimos, y nos aferramos al lema enunciado por Víctor Frankl: “El hombre que se levanta por encima de su dolor para ayudar a un hermano que sufre, trasciende como ser humano”

No tenemos que preocuparnos tanto por nuestras vivencias, son como son y están donde están y pronto van a desaparecer, la tarea fundamental no es preocuparnos por nuestras vivencias, no es preocuparnos tanto por lo que yo siento, es preocuparnos más por lo que siente la persona que está sentada frente mío y con su mirada, con su dolor, me demanda, me exige ayuda, porque Renacer es, en el fondo, una tarea moral y ser moral quiere decir darle al otro sin esperar nada a cambio.

Si bien es cierto que los padres inicialmente identificamos "trascendencia" con "dejar atrás el dolor", uno se da cuenta que, fundamentalmente, significa elevarse por encima de sí mismo para dirigir el esfuerzo y el amor hacia otros.

Allí está “el otro” al que se refiere el altruismo.

Para Renacer el “otro” es el hermano que sufre, que tiene ojos, voz y rostro y está frente a uno y si todo nuestro dolor sirve para que un hermano sufra menos, entonces habrá valido la pena ser vivido.

Llegará un momento, en que la paz interna, la que perdimos el día de la partida de nuestros hijos, llenándonos de oscuridad, volverá a nosotros como demostración cabal del triunfo del amor sobre el dolor.

Y cuando hayamos encontrado la paz y la aceptación, habremos de trasmitirla a los demás, a los que la necesitan, a los que sufren, a los que aún viven en la oscuridad de la desesperanza y la rebeldía.

Viernes 29 de abril de 2016

Renacer es una puerta que se abre.

Al constatar que lo ofrecido por la sociedad ortodoxa, no era la solución para los padres que hemos perdido hijos, se originó la búsqueda de nuevos caminos

Entonces, el Mensaje de Renacer, abrió una puerta al confrontar al modelo imperante hasta ese momento, de acuerdo con el cual la única alternativa que existía para un padre que perdía un hijo, era recurrir a quienes, tradicionalmente, habían “tutelado” dicho proceso, es decir, a los especialistas en las ciencias de la psiquis o a los representantes de las diversas religiones.

De inmediato, se hicieron palpables las grandes resistencias de las estructuras vigentes, que habían generado una civilización en que se prioriza un hombre individualista, despojado de toda orientación hacia algo que no sea a sí mismo.

¿Qué se puede esperar de un hombre egocéntrico enfrentado a un mundo en el que no puede encontrar valores dignos de ser realizados y en el que el sentido parece ser tan esquivo que algunos ni siquiera insisten en vivir?

Las visiones del mundo, adquiridas como tales desde la infancia, a través de diversos procesos educativos tutelares, no son fácilmente cuestionadas.

Se plantea la necesidad de ser conscientes del modo en que un determinado paradigma compromete y condiciona el modo de pensar de los individuos, al punto tal que las ideas originales y renovadoras corren el peligro de ser rechazadas al colisionar con las vigentes.

Cuando se vive una situación límite, como es el caso de la pérdida de un hijo, la existencia se da vuelta como un guante de goma que se saca de la mano, todo lo que estaba adentro quedó afuera y lo que estaba afuera quedó adentro.

Ya no somos los mismos ni podemos serlo, estamos en esa frontera entre lo cognoscible y aquello que está más allá del límite.

Es a partir de Renacer, que se presenta “la” oportunidad de una vida en la que se abre la posibilidad de una luz en el camino, una nueva visión y con ello un cambio radical.

Un cambio radical en el que se hace presente la posibilidad de pensar lo no pensado, vislumbrando así un nuevo mundo generado a partir de esta revolución interior.

Renacer es una puerta abierta para los padres que enfrentan la muerte de hijos, puerta abierta para llegar a la paz interna, que a lo mejor, si no nos hubiera pasado lo que nos pasó, ni siquiera se nos hubiera ocurrido.

Esta situación límite, lleva a pensar lo no pensado, porque la paz y la felicidad, que se busca y se cree que se puede obtener con cosas materiales, en realidad, sólo se obtienen en el íntimo accionar de nuestra vida.

La llave que abre esta puerta a una nueva manera de SER y de ver el mundo, es la COMPASIÓN, que nos conecta con el otro solo porque me necesita, y no espero nada a cambio.

Entonces, se van encendiendo luces que iluminan la noche oscura del alma.

Víctor Frankl sostiene que el hombre que se levanta por encima de su dolor para ayudar a otro hermano que sufre, trasciende como ser humano, el sufrimiento hace al hombre lúcido y al mundo transparente.

Frente a la pérdida de un hijo, en esencia, Renacer, es una puerta de acceso a la espiritualidad y su consecuencia, el cese de todas las turbulencias.

Viernes 24 de junio de 2016

¿Se puede acceder a la espiritualidad?

Dice Víctor Frankl, que el hombre pese a sus condicionamientos físicos y psicológicos, es antes que nada, un ser espiritual, capaz de levantarse por encima de dichos condicionamientos, en las alas indómitas del espíritu, de donde se concluye que éste es un atributo del ser humano.

Cuando se trata de definir la espiritualidad, se entra en terrenos complejos en los que a la intuición le faltan las palabras para definirla. Las lenguas occidentales poseen términos muy deficientes para describirla.

La definición que ha hecho el Dalai Lama parece adecuada para todas las creencias, sean o no religiosas.

Dijo el Dalai Lama: “La espiritualidad me parece algo relacionado con las cualidades del espíritu humano, como son el amor, la compasión, la paciencia, la tolerancia, el perdón, la contención, el sentido de la responsabilidad, el sentido de la armonía etc. que aportan la felicidad tanto a uno mismo como a los demás.

No existe razón alguna por la cual no deba el individuo desarrollarlas, incluso hasta su grado máximo, sin recurrir a ningún sistema de creencias religiosas o metafísicas.”

El filósofo francés Michel Foucault, citado por Gustavo Berti, llama espiritualidad a la búsqueda, a la práctica o experiencia, mediante las cuales el sujeto efectúa en sí mismo las transformaciones necesarias para tener acceso a la verdad.

Considera espiritualidad al conjunto de esa búsqueda, prácticas y experiencias que pueden ser, entre otras, las modificaciones de la existencia, lo que constituyen el precio a pagar por tener acceso a la verdad.

A quien se le cambia radicalmente la existencia, tras una conmoción existencial, se le otorga como posible compensación el acceso a la verdad.

Esto atañe a quienes perdemos hijos, prematuramente, porque nuestra existencia cambió en el mismo momento que murió nuestro hijo, en consecuencia, posibilita el acceso a la verdad.

Así lo afirma también Elisabeth Kübler Ross en “El gran salto hacia la luz”, “por más absurdo que pueda parecer, el hecho de perder un hijo puede provocar en los padres un verdadero despertar espiritual.” Que es lo que hemos experimentado en Renacer, que una modificación tan grande de nuestra existencia, puede ser la puerta de acceso a la espiritualidad.

La manera de acceder a la espiritualidad, como tarea de un grupo de ayuda mutua, nos coloca en el pensamiento filosófico y no en el psicológico, que es otra de las razones por las que es incorrecto fundamentar la tarea del grupo en el análisis psicológico de las emociones y sentimientos.

Foucault postula que para que se dé la espiritualidad en una persona es preciso que el sujeto se modifique, se transforme, se convierta, en cierta medida, en distinto de sí mismo, pues ésta sólo es dada al sujeto a un precio que pone en juego el ser mismo o sea que no puede haber verdad sin una transformación del sujeto.

Continúa Foucault, con lo que él llama efecto “de contragolpe” de la verdad sobre el sujeto, y aquí tenemos algo sumamente importante para nosotros los que permanecemos en grupos de ayuda mutua, pues, la verdad es lo que ilumina al sujeto, lo que le da bienaventuranza, lo que le da tranquilidad y paz interior.

Si el acceso a la verdad, a través de un cambio radical de la existencia, proporciona al individuo como recompensa el acceso a la iluminación, se hace necesario indagar sobre el significado de la iluminación en occidente, ¿qué significa para los integrantes de un grupo? y, a su vez, ¿qué significado tiene para la sociedad, la emergencia de individuos que han alcanzado dicha condición?

El significado de la iluminación fue planteado por un periódico en Berlín a sus lectores en noviembre de 1784 y el que contestó a esa inquietud es nada menos que Emmanuel Kant, quien el 30 del mismo mes comienza una carta diciendo que “iluminación es la liberación del hombre del tutelaje en que ha incurrido” y define al tutelaje como la incapacidad del hombre para hacer uso de la razón sin la orientación de otro y si se da esa liberación, la iluminación es una consecuencia natural.

Si no somos capaces de ver a Renacer, con estos ojos, jamás seremos capaces de comprender la razón por la que muchos integrantes permanecen por años en un grupo,

precisamente porque han accedido a la verdad y con ella a la liberación, la iluminación y la paz interior.

Estar en la verdad equivale a estar lúcido, consciente, despierto, alerta ante un mundo que se ha vuelto transparente, sin velos que lo distorsionen.

En esencia, la muerte de un hijo produce una situación límite, produce un cambio de existencia, es una puerta de acceso a la espiritualidad y tiene como contrapartida la paz interior y el cese de todas las tormentas de las emociones.

A través de un cambio existencial el hombre, si lo desea, si es corajudo, si continúa en este viaje, puede tener acceso a la dimensión espiritual y, como resultado, llegar a la verdad, a la libertad, y a darnos cuenta que no somos seres humanos viviendo una experiencia espiritual, sino que somos seres espirituales viviendo una experiencia humana, como sostiene Brian Weiss.

Para los padres que hemos perdido hijos, ellos son estrellas fugaces que vinieron para transformarnos, siendo el mensaje de Renacer, el camino para la búsqueda de la razón de ser en el mundo.

Viernes 29 de julio de 2016